ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

L'HEREU,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO LUIS DE RETES,

Y

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA.

TERCERA EDICIÓN.

MADRID.
CEDACEROS, 4, 2.° IZQUIERDA.
1887.

6

AUMENTO Á LA ADICIÓN GENERAL DEL CATALOGO DE 1884.

COMEDIAS Y DRAMAS

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
2	2	De sopetón.—j. o. p.........	1	D. Ricardo Revenga.......	Todo.
3	3	En cinco minutos.—j. a. p...	1	Valdés y Gallardo.......	»
»	»	El vecino de ahí al lado......	1	Constantino Gil.........	»
3	5	La vuelta del veraneo -j. o. p.	1	Mariano Barranco......	»
5	2	Las propinas.—s. o. v........	1	Fiacro Iráyzoz.........	»
»	»	Los diputados..............	1	Ricardo Monasterio.....	»
»	»	¡Sereno!—s. o. v............	1	Emilio S. Pastor........	»
»	»	Los inválidos.—j. a p.......	2	Gómez y Lustonó.......	»
»	»	Mariana Pineda, mártir de la libertad..	2	José Sánchez..........	»
6	4	El Sr. de Albert —c. a. p....	3	Agustín Navas.........	»
»	»	Un andaluz en Turquía.......	3	Leandro Torromé.......	»

ZARZUELAS.

Homb.	Mujrs.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Propiedad que corresponde á la Administración.
»	»	Caballeros er plaza..........	1	Iráyzoz y Jiménez........	L y M.
»	»	Cromos Madrileños...........	1	Navarrro y Arenas.......	L
»	»	El maniqui.................	1	F. G.ª Rubio y Espino...	L. y M.
»	»	Florinda ó la Caba baja.......	1	Salvador M.ª Granés.....	L
»	»	Hay Ascensor..............	1	Féliz Limendoux........	L.
»	»	La boda de la Polonia........	1	Rubio y Espino.........	M.
»	»	La cruz de San Lúcas........	1	Tomás Reig............	M.
»	»	Las bodas del gran Turco.....	1	Torres Reina y Juarranz.	L. y M.
»	»	Las tres gracias.............	1	Tomás Reig............	M.
»	»	Libertad de cultos..........	1	Gutierrez de Alba y Reig.	L. y M.
»	»	Los trasnochadores..........	1	Fernándo Manzano......	L.
»	»	Pichichi ó Lucia Pastor......	1	Navarro, Parra y Hernz...	L. y M.
»	»	Se aguó el viaje.............	1	Postijo y Navalón........	L. y M.
»	»	Tiple en puerta..............	1	Sres. Pina y Rubio.........	L. y M.
»	»	Una prueba fotográfica......	1	Rubio y Espino..........	M.
»	»	Un día en las Ventas.........	1	Lastra y Reig...........	L. ó M.
»	»	Venir por lana..............	1	Isidoro Hernández.......	M.
»	»	Cuba Libre.................	2	Federico Jaques.........	L.
»	»	Blanca de Saldaña..........	3	Apolinar Brull..........	M.
»	»	Cármen....................	3	Rafael M.ª Liern........	L.

L'HEREU.

TEATRO DE APOLO.—2 DE MARZO DE 1874.

L'HEREU,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO LUIS DE RETES

Y

D. FRANCISCO PEREZ ECHEVARRIA

TERCERA EDICIÓN.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ.
Atocha, 100, principal.

1887.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA CONDESA	D.ª Matilde Diez.
MARINA	D.ª Eloisa Bagá.
PEDRO	D. Antonio Vico.
JÁIME	D. Manuel Calvo.
BARRAQUETA	D. Mariano Fernández.
DON RAMÓN	D. Miguel Cepillo.
DON MAGÍN	D. Cipriano Martínez.
DON LUIS	Sr. Caballero.
DON EDUARDO	Sr. Castro.
DON ROQUE	Sr. León.

Época actual.—La acción pasa en una torre muy cercana á Barcelona.—Comienza á las once y media de la noche y termina á las siete y media de la tarde.

Á LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA AMALIA DEL LLANO Y DOTRES

CONDESA DE VILCHES.

Condesa, es terrible prueba
que casi pica en historia
en una dedicatoria
decir una cosa nueva.
Quien no sepa la intención
que al escribirla nos guía,
acaso la tomaría
por mezquina adulación.
Pero como es nuestro intento
que este literario fruto
rinda un sincero tributo
á la amistad y al talento,
sin temor al que dirán
acometemos la empresa:
«Á tus piés, bella Condesa,
estos pobres versos van
á verte y á saludarte
con los lauros del proscenio
á tí que das culto al genio,
á tí que alzas templo al arte.»

F, Luis de Retes, F, Perez Echevarría.

ACTO PRIMERO.

Sala baja, corta, de dos términos: los segundos en chaflán; primer término derecha, jardinera con espejo, reloj y candelabros de plata: izquierda, balcón: segundo término derecha, puerta de la habitación de Marina: izquierda, puerta de la habitación de la Condesa; foro, puerta grande que comunica á una ancha galería con balaustrada, por cuyo centro se baja al jardín, que cierra el fondo: la derecha de la galería conduce á lo exterior, la izquierda á las habitaciones interiores.—Muebles al estilo de Barcelona, ricos pero severos.—Velador, sofá, butacas, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

BARRAQUETA al fondo, D. RAMÓN y D. MAGÍN.

MAGIN. (Hablando con Barraqueta.)
Y dígala usted también
que vendré á las doce en punto.
BARRAQ. Está bien.
MAGIN. Para el asunto
del testamento.
BARRAQ. Está bien. (Vase.)
MAGIN. ¡Hola, hola! ¿Usted aquí,
don Ramón? ¡Cuánto me place!
Hoy, amigo, satisface

usted su deseo.
RAMON. Sí.
MAGIN. Hoy á las doce saldremos
de dudas.
RAMON. ¡Ya es hora!
MAGIN. ¡Vaya!
á las doce haya quien haya,
abrimos... (Mostrando un pliego.)
RAMON. Justo.
MAGIN. Y leemos.
RAMON. ¿Y diga usted, don Magín,
usted que tanto olfatea,
no ha tomado usted idea?...
MAGIN. Diré á usted; yo soy mastín
de gran nariz, no lo niego,
pero el can de mejor raza
pierde el rastro de la caza.
RAMON. ¿Qué habrá dentro de ese pliego?
MAGIN. Era su tio de usted
muy reservado; y cuidado
que para ser reservado
conmigo...
RAMON. Al cabo la red
se ha de romper.
MAGIN. Para mí
no tiene duda ninguna
de que esa inmensa fortuna
es para usted.
RAMON. (Con alegría.) Para...
MAGIN. Sí,
para usted.
RAMON. Es natural;
lo que es pensando con tino...
MAGIN. ¡Claro!
RAMON. Entre tanto sobrino
soy yo el único carnal.
Pero mi tío ha dejado
muchos.
MAGIN. ¡Muchos! Buena es esa!
los hijos de la Condesa
lo son en segundo grado,
Marina lo es en tercero,

y los demás... ¡Nada! ¡nada!
entre tanto Parellada,
usted es el heredero.

RAMON. (Con avaricia y recelo.)
Nadie merece la herencia
con más derecho, y si alguno...

MAGIN. ¿Qué?

RAMON. (Reprimiéndose.) No puede haber ninguno.

MAGIN. (Frotándose las manos.)
¡Don Ramón, que complacencia
tendrá usted!

RAMON. ¡Es claro! ¡Oh!

MAGIN. Cuando clave usted la uña...

RAMON. No habrá en todo Cataluña
otro más rico que yo.

MAGIN. Y ello no tiene remedio,
es un negocio redondo;
embucha usted en el fondo
doce millones.

RAMON. (Rápido.) ¡Y medio!

MAGIN. ¡Y medio!

RAMON. Sí.

MAGIN. ¡Ay don Ramón!
¡con el medio era yo rico!

RAMON. ¡Ese es un pico!

MAGIN. ¡Qué pico!
dirá usted un azadón.

RAMON. No extrañe usted mi sorpresa,
que es singular lo que pasa:
¿cómo no cita en mi casa?

MAGIN. Deferencia á la Condesa.

RAMON. Álguien viene.

MAGIN. Quedo mudo:
Barraqueta.

RAMON. ¡Por mi nombre!
no he visto en mi vida un hombre
más marrajo y más ceñudo.

MAGIN. ¡Ya, ya!

RAMON. Aquí se ha incrustado
como un molusco en la piedra.

MAGIN. Por él la fábrica medra,
amigo es más que criado.

Cuarenta años sin cesar
trabajando ya es razón;
el *hereu* es su pasión
y la fábrica su altar.

RAMON. ¡Mas tiene un mirar tan torvo,
tan feroz!

MAGIN. Según le pilla.

(Siguen hablando: Barraqueta aparece al fondo.)

ESCENA II.

LOS MISMOS y BARRAQUETA.

BARRAQ. (Ap.) (¡Hola! la fiebre amarilla
hablando al cólera morbo.)

RAMON. (Á Magín.)
Confiese usted sin embargo
que hay en su mirar avieso
un no sé qué...

BARRAQ. (Á D. Magín en tono seco.) Ya está eso.

RAMON. ¿Qué es eso?

BARRAQ. ¡Toma! el encargo.

MAGIN. La respuesta es oportuna.
¿Y qué?

BARRAQ. ¿Cómo y qué?

MAGIN. ¿Sí, y qué?

BARRAQ. ¿Cuántas veces quiere usté
que lo diga?

MAGIN. Una.

BARRAQ. ¡Pues una!

MAGIN. ¡Mas la Condesa!...

BARRAQ. (Ap.) (¡Qué plomo!)

MAGIN. ¿Vá á venir?

BARRAQ. ¡Ya se verá!
si quiere venir vendrá,
si no, no vendrá.

RAMON. (Mirando á D. Magín.) ¿Qué?

MAGIN. (Mirando á D. Ramón.) ¿Cómo?
tendré que dejarle al fin.

RAMON. Dice usted bien.

MAGIN. ¡Habrá hurón!

Hasta luego, don Ramón.
RAMON. ¡Puntualidad, don Magín!
(Vase D. Magín por el fondo.)

ESCENA III.

D. RAMÓN y BARRAQUETA.

RAMON. ¡Yo de esta casa no salgo
hasta saber si la herencia
es mía!... ¡es tal mi impaciencia!
Ocupémonos en algo.
(Siéntase en un sillón.)
¡Hola, perillán! (Ap.) (Á ver
qué nuevas han ocurrido.)
(Alto.) ¿Tu amo ha salido?
BARRAQ. Ha salido.
RAMON. ¿Volverá?
BARRAQ. Debe volver.
RAMON. ¿Qué tal la fábrica?
BARRAQ. ¡En grande!
RAMON. ¡Pedro es muy ducho!
BARRAQ. Muy ducho.
RAMON. ¡Debe ganar mucho!
BARRAQ. Mucho.
RAMON. ¿Y aquí no hay quien se desmande?
BARRAQ. Ninguno.
RAMON. ¿Huelgas?
BARRAQ. Ninguna.
RAMON. La suerte no le abandona;
no hay en todo Barcelona
un hombre de más fortuna.
¿Y la labor?
BARRAQ. Extremada.
RAMON. ¿La estampación?...
BARRAQ. Sin igual.
RAMON. Así es que saldrá el percal...
BARRAQ. Que parece chaconada.
(Pausa.)
RAMON. Y la señora Condesa
se va consolando ya

de su viudez?

BARRAQ. No sé.

RAMON. ¡Bah!
yo creo que no la pesa.
¡El difunto no la hizo
muy feliz!

BARRAQ. No sé.

RAMON. ¡Imposible!
¡ella tan dulce y sensible
y él lo mismo que un erizo!
Mi buen tío no pecó
jamás de galante, ¿eh?

BARRAQ. Digo á usted que no lo sé...
(Ap.) (Á este hombre le mato yo.) (Pausa.)

RAMON. ¿Y Jáime? ¿qué tal? ¿Teneis
noticias? Por vida mía,
seis años día por día
que salió de España.

BARRAQ. (Con dolor.) ¡Seis!
Yo que por nada me arredro
me hizo aquel día llorar. (Pausa.)

RAMON. ¡Y cuánto dieron que hablar
por entonces Jáime y Pedro!
(Barraqueta le mira.)
Que se odien de esa manera
siendo hermanos...

BARRAQ. ¡Don Ramón!

RAMON. ¡Siempre en eterna cuestión,
siempre en contínua quimera!
Opuestos en caractéres,
contrarios en opiniones,
y en ideas, y en pasiones,
y en gustos y en pareceres,
ni un sólo punto han cesado
de dar su nombre al olvido;
de niños siempre han reñido,
de jóvenes se han pegado.
Y un día á tanto llegó
su malhadada rencilla,
que Pedro hirió la mejilla
de Jáime y la ensangrentó.
Fué resolución muy sabia

separarlos.

BARRAQ. Y usted goza
en decirlo, y me destroza
y me hace sudar de rabia.
¡Sabe usted que entrambos son
como huesos de mis huesos,
y me viene usted con esos
recuerdos de maldición!

RAMON. ¿Qué cosa más natural?

BARRAQ. ¿Piensa usted que soy un bolo?
Hay quien hace el mal tan solo
por el placer de hacer mal;
si no, ¿á qué viene esa historia?

RAMON. Yo...

BARRAQ. ¡Pedro! ¡Jáime! ¡su padre!
¡y esa mujer! esa madre
que es un pedazo de gloria,
más buena que el pan bendito,
¿qué tiene usted que afrentarlos?

RAMON. ¡No he querido yo injuriarlos!

BARRAQ. ¡No quiere usted! ¡Estoy frito!
¡Mire usted, yo soy muy franco!
don Ramón, y en cualquier trance,
aunque tengo poco alcance,
ni me aturdo ni me atranco!
Conque no vuelva jamás
á hablarme así.

RAMON. ¿Qué?

BARRAQ. ¡Lo dicho!

RAMON. ¿Qué es eso?

BARRAQ. ¡Soy muy mal bicho,
créame usted!

RAMON. ¡Esto más!
¿atreverse á hablar así?
No sé cómo no te cojo
por la cintura y te arrojo
por esa ventana.

BARRAQ. (Yendo á él.) ¡Á mí!

ESCENA IV.

LOS MISMOS y la CONDESA por la izquierda.

COND. ¡Oh! ¿qué es esto?
BARRAQ. (Conteniéndose.) ¡Si no fuera!...
COND. ¿Á qué viene ese furor?
BARRAQ. (Con naturalidad.)
¡Nada! Iba á ahorrar al señor
el bajar por la escalera.
COND. ¡Sal de aquí! (Con energía.)
BARRAQ. ¡Señora! ¡Oh!
COND. ¡En mi casa tal desdoro!
BARRAQ. (Yéndose.) ¡Pues señor, me corroboro!
¡á este hombre le mato yo! (Vase.)

ESCENA V.

LA CONDESA y D. RAMÓN.

RAMON. Condesa, ha llegado usted
á tiempo; si usted no llega,
tal iba ya la refriega
que le estampo en la pared.
Su desmán no tiene nombre.
COND. Yo suplico á usted, Ramón,
que tenga de él compasión;
¡es un infeliz!
RAMON. ¡Qué hombre!
¡Pues como vuelva otra vez!...
COND. No volverá.
RAMON. ¡Yo le juro!...
COND. Tiene un carácter muy duro;
su fondo mucha honradez.
No es que le disculpe yo.
RAMON. Y todos esos furores
porque hablé de los rencores
de Pedro y de Jáime.
COND. ¡Oh!
(Ap.) (¡Mi fiel servidor!)
RAMON. ¿Creerá

que él solo siente en el mundo
el ódio eterno y profundo
de sus hijos de usted?

COND. ¡Ah!

RAMON. Conque sabe usted, señora,
á lo que vengo: el tio Juan...

COND. ¡Sí, sí!...

RAMON. Ya pronto vendrán
los primos. Va á dar la hora. (Se pasea.)
¡Corre el tiempo con tal calma!
(Escucha y se abalanza á la puerta.)
¡Ya vienen! ¡Gracias al cielo!

COND. (Con amargura, ap.)
(¡Dios olvide el desconsuelo
que has derramado en mi alma!)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, D. MAGÍN, después D. LUIS, D. EDUARDO y D. ROQUE, todos de luto.

MAGIN. (Saliendo apresuradamente.)
Ya estoy aquí.

RAMON. ¡Á Dios gracias!
¿y don Luis? ¿y Eduardo? ¿y Roque?

MAGIN. Aquí llegan. (Salen los parientes.)

RAMON. Bien venidos.

EDUAR. ¡Ramón!

LUIS. ¡Señora!

COND. ¡Señores, (Todos se saludan.)
tomen ustedes asiento!

LUIS. Mil gracias.

EDUAR. Usted perdone
si venimos...

COND. Tengo mucho
placer en que ustedes me honren.

EDUAR. ¡Oh!

LUIS. ¡Señora!

COND. Los parientes
de mi marido disponen
de esta casa, que es la suya.
(Saludo; se sientan. Silencio general.)

RAMON. ¡Pobre tío!
LUIS. ¡Pobre!
ROQUE. ¡Pobre!
RAMON. ¡Parece mentira!
COND. Hay cosas
que nunca está uno conforme
con ellas.
LUIS. ¡Y era tan bueno!
EDUAR. ¡Tan honrado!
MAGIN. ¡Tan francote!
COND. (Ap.) (¡Y mi Pedro que no llega!)
RAMON. (Mirando con ánsia el reloj.)
¡Y este reloj que no corre!
(Contando los minutos.)
Uno, dos, tres. (Mirando un reloj de sobremesa.)
¿Á ver ese? (Dan las doce.)
¡Por fin!
TODOS. Las doce.
MAGIN. Las doce.
RAMON. Señora Condesa, usted
no ignora las prescripciones
del tío, y hay que cumplirlas.
Pedro...
COND. Pedro...
RAMON. Se conoce
que no viene.
COND. No; la fábrica
le preocupa y le absorbe:
además no es necesario.
RAMON. ¿Y Marina?
COND. Vino anoche.
Su padre está en Barcelona
sufriendo horribles dolores
con la gota; sabe cuánto
quiero á su hija, y el pobre
cuando se alivia, la manda
unos dias á la torre
con el fin de que la niña
se distraiga.
RAMON. Pues entonces...
estos asuntos son tales
que no admiten dilaciones.

COND. Ni yo, Ramón, las reclamo.
MAGIN. Señora, estoy á sus órdenes.
(Á una señal afirmativa de la Condesa, saca el pliego y le abre.)
(Leyendo.) «En el nombre de Dios, etcétera.
»Yo, don Juan de Parellada y Frau, nacido
»en el santo gremio de la Iglesia...»
RAMON. (Interrumpiéndole.)
Don Magín, suprima fórmulas
y vamos á lo que importe.
MAGIN. (Leyendo.) «Declaro que soy dueño absoluto
»y poseedor legítimo de dos fábricas de pa-
»ños en la villa de Tarrasa, y tres casas en
»la ciudad de Barcelona, valuadas en la
»cantidad de doce millones quinientos mi
»reales.»
LUIS. ¡Buena suma!
EDUAR. ¡Buena!
ROQUE. ¡Buena!
RAMON. (Ap.) (¡Ay Dios! tengo un come come...)
MAGIN. (Leyendo.) «Nunca en ocasión más solemne
»pudiera evocar la memoria de mi querido
»primo don Diego de Parellada, á quien
»tantos beneficios debo; nombro pues, he-
»rederos universales de todos mis bienes
»habidos y por haber, á sus dos hijos, mis
»sobrinos, don Pedro y don Jáime de Pare-
»llada, (Sensación.) á condición de que han
»de unir sus capitales, bajo la razón social
»de Parellada hermanos, dando ejemplo al
»mundo de eterno amor y fraternal concor-
»dia; pero al mismo tiempo, es mi voluntad
»que si mis dos referidos sobrinos don Pe-
»dro y don Jáime, volviesen á romper los
»santos lazos de la fraternidad, ó falleciesen
»sin dejar sucesión legítima, mi fortuna
»pase á poder de mi sobrino carnal don Ra-
»món de Parellada y Codina, ó en su de-
»fecto al santo hospital de la ciudad de Bar-
»celona, todo conforme á las instrucciones
»que por conducto de mi escribano don Ma-
»gín de Cortadellas, recibirán mis albaceas

»y testamentarios, don Luis, don Eduardo y »don Roque de Parellada, que asistirán á la »apertura de mi testamento, y á quienes »encargo sean fieles guardadores de esta mi »postrera voluntad.»
(Hablando.) Siguen la fecha y la firma
tras unos cuantos renglones,
con las fórmulas usuales
en tales casos.
(Breve pausa; todos permanecen pensativos.)

RAMON. (Con despecho.) Conformes.
(Á la Condesa.) ¡Condesa! mi enhorabuena.

COND. Gracias. Yo la acepto en nombre
de mis hijos. Dios lo quiere,
yo acato sus intenciones.

RAMON. Sublimes son las del tío,
quiera Dios no se equivoque.

COND. ¡Oh!

LUIS. ¡Reciba usted mis plácemes!

COND. ¡Mil gracias!

EDUAR. Y que usted goce
la herencia.

COND. Yo no; mis hijos:
(Toman los sombreros y se despiden.)
Luis, Ramón, Eduardo, Roque.

MAGIN. Señora...
(Se despide y sale diciendo á D. Ramón.)
Lo siento mucho.

RAMON. No; si hay ciertas condiciones... (Vase.)

COND. (Sola.) ¡Ah, miserable! La envidia
el corazón le corroe.

ESCENA VII.

LA CONDESA y BARRAQUETA.

BARRAQ. ¡Señora!

COND. ¿Qué es eso?

BARRAQ. Vengo
á que usía me perdone.

COND. Lo estás.

BARRAQ. Y vengo también

á saber si esos millones
del tío son...

COND. De mis hijos.

BARRAQ. De Pedro...

COND. Y Jáime.

BARRAQ. ¡San Cosme!
¡la sangre me hace cosquillas!
¿esa herencia no es de ese hombre?

COND. No lo es.

BARRAQ. ¡Me ha dado un rato
que aún estoy echando el bofe!

COND. Á mí también.

BARRAQ. Pues no dice
que Pedro y Jáime...

COND. Supone
que son eternos sus odios.

BARRAQ. ¡Mentira! ¿quién no conoce
á fondo á los señoritos?
¿quién dice que no son nobles?
Seis años hace que Jáime
se fué á Madrid, luego á Lóndres;
después á San Pretresburgo,
después... después... ¡no sé adonde!
Se hizo de eso que se dice
di-pom-lático. Estos nombres
que están en inglés se atascan
casi siempre en el gañote.
Y en esos seis años, Jáime,
después de correr el orbe
y París, ¿habrá alentado
sus odios?

COND. ¡Fueron atroces!

BARRAQ. ¡Las circunstancias malditas!
Pedro rico, Jáime pobre,
después... donde está el *hereu*,
es sabido, nadie tose.
Luego castellana usía,
y el amo de puro entronque
catalán; ¡y tantas cosas,
tan distintas, tan discordes!
pero ni Pedro ni Jáime
tienen el pecho de bronce.

COND. No, Barraqueta, te engañas;
¡ay! yo no me hago ilusiones;
por un extraño misterio
el cariño desconocen,
cuanto más en años crecen
sus enconos son mayores.

BARRAQ. Señora, no está en lo firme
usía, ¡voto á mi nombre!
¡que han de estar los dos hermanos
lo mismo que dos pichones!

COND. ¡Dios te oiga!

BARRAQ. ¡Señora, el cielo
me lo está diciendo á voces!
(Óyese por la derecha una melodía de Schubert tocada al piano.)
¡Qué tal! yo no miento nunca.

COND. ¡Marina!

BARRAQ. ¡El sol de los soles!

COND. El ángel de mi esperanza,
el consuelo á mis dolores,
flor del vorjel de la vida
que pronto abrirá su broche
al dulce calor primero
de los primeros amores.
Que mañana no la vea
juguete del viento indócil,
¡perdidas sus esperanzas,
perdidas sus ilusiones!
¡Qué importa! á sufrir nacimos:
triste aquél que nunca llore;
muere la flor, el aroma
vuela á más altas regiones.
(La Condesa ha recitado estos versos al compás de la melodía, después se dirige á la puerta de la derecha y abraza á Marina, que se presenta al mismo tiempo en escena. Marina abraza á la Condesa con efusión y ternura. Barraqueta se ha cruzado de brazos y contempla con deleite y emoción el cariño dulcísimo de las dos mujeres.)
¡Muy bien!

ESCENA VIII.

LOS MISMOS y MARINA.

MARINA. ¡Señora!
COND. Muy bien.
¡Barraqueta, vete!
BARRAQ. ¡Vóime!
MARINA. ¿Y te vas sin despedirte?
BARRAQ. ¡Ah, señorita!
MARINA. ¡Adios, hombre!
BARRAQ. (Ap.) (Buenas, las habrá tan buenas,
pero no las hay mejores.) (Vase.)

ESCENA IX.

LA CONDESA y MARINA.

COND. (Abrazándola otra vez.)
¡Bravo! ¡bravo! señorita,
es usté una profesora.
MARINA. No es eso; es que esta es, señora,
mi música favorita.
Es un gran compositor
Schubert!
COND. Si lo es, no hay duda;
y luego como le ayuda
tu buen gusto y tu primor...
MARINA. ¡Mi primor, Dios soberano!
COND. Tocando esa melodía,
el genio tus dedos guía
por las teclas del piano.
MARINA. ¡Qué buena!
COND. No hablemos de eso.
MARINA. ¡Siempre dulce y cariñosa!
COND. Mira, hablemos de otra cosa.
MARINA. ¡Dígame usted!
COND. Dame un beso.
MARINA. ¡Y mil! (Se besan.)
COND. Más que con tu padre
pasas conmigo la vida;

eres tú mi hija querida,
yo soy tu segunda madre.

MARINA. ¡El principio es seductor!
Es usted tan complaciente,
tan...

COND. Háblame francamente:
¿amas?

MARINA. ¿Yo?

COND. ¿Tienes amor?

MARINA. No.

COND. Pudiera suceder
que...

MARINA. ¡Yo no!

COND. Algún importuno...
ó no importuno.

MARINA. Ninguno.

COND. ¿No?

MARINA. Lo puede usted creer.

COND. Á tu edad es natural,
el corazón, hija mía,
se abre al amor como al día
la rosa primaveral. (Pausa-silencio.)
¿Pero nada tu alma siente?
¿no quieres?

MARINA. ¡Qué he de querer!

COND. Pues Marina, has de saber
que tienes un pretendiente.

MARINA. ¿Cómo?

COND. Lleno de pasión.

MARINA. ¿Por mí?

COND. Con locura te ama;
y es más, es lo que se llama
una buena proporción.

MARINA. ¿Y yo le conozco?

COND. ¡Bah!
¡y mucho!

MARINA. ¡Mucho!

COND. De fijo;
ámale, yo te lo exijo.

MARINA. ¿Quién es?

COND. Mi hijo Pedro.

MARINA. (Ap.) (¡Ah!)

COND. Es su esperanza esta unión
que tanto su pecho ansía;
también la quiere, hija mía,
mi maternal corazón.
Fabricante millonario
mi marido, á sus millones
quiso añadir los blasones
de un título nobiliario.
Me dió su mano y unió
cuna humilde á noble cuna,
mas si me dió la fortuna
la ventura no me me dió.
Rica me dejó al morir,
Pedro anhela ser tu esposo,
veo en lazo tan dichoso
su bien y tu porvenir. (Silencio.)
Pedro es poderoso.

MARINA. (Ap.) (¡Ah!)

COND. Como que fué el heredero
el *hereu*, nació el primero.
¡Qué costumbres las de acá
que dan el derecho al padre
sin más juez que la conciencia
de dejar toda la herencia
al hijo que más le cuadre!
Con ese uso considero
que es muy fácil el abuso,
y mucho más cuando el uso
elige siempre al primero.
El *hereu* es soberano
porque el primero nació,
y que es el segundo, ¡oh!
pobre siervo y nunca hermano.
Soy madre, mi amor profundo
rechaza todo interés.
¡Saben las madres cuál es
el primero ni el segundo! (Silencio.)
¿Callas?

MARINA. ¡Yo!

COND. ¡Ah! te aconsejo
que me hables sin vacilar;
quiero en tu pecho mirar

lo mismo que en un espejo.
MARINA. Yo... si, señora... yo sí.
COND. Pero es que...
MARINA. ¡Me he sorprendido!
(Ap.) (¡Ah, Dios mío!)
COND. (Ap.) (¡Me ha mentido!)
(Alto.) Hija mía, ven aquí
y revélame ese arcano
que escondes: tu pecho adora:
MARINA. Á nadie.
COND. ¿Á nadie?
MARINA. Señora,
si quiere papá... mi mano...
COND. ¿Libremente? ¿sin violencia?
MARINA. ¡Mi turbación no es extraña,
la sorpresa!
COND. (Ap.) (¿No me engaña?
¡Observaremos! ¡prudencia!
¿Y Pedro? Si su pasión
comprende una negativa,
¡ay! para aquella alma altiva
es la desesperación.)

ESCENA X.

LAS MISMAS y PEDRO por el fondo.

PEDRO. Muy buenos días, señora:
Marina, adios.
COND. Pedro!
MARINA. ¡Pedro!
COND. ¿Dime, por qué no has venido
á la apertura del pliego?
PEDRO. Por no ver á las personas
que estaban aquí.
COND. ¿Por eso?
PEDRO. Me inspiran indiferencia
las más, y algunas desprecio.
COND. ¡Desprecio!
PEDRO. Sí; la avaricia
es el vicio menos feo
que tienen.

COND. Vino tu primo
Ramón.
PEDRO. Ese es el primero.
El tal Ramón Parellada,
señora, es un mal sugeto.
COND. ¿Pero sabes?...
PEDRO. Lo sé todo;
con mi hermano Jáime heredo.
COND. Con condiciones.
PEDRO. Mi tío
era un santo.
COND. ¡Yo lo creo!
PEDRO. Marina, dáme un abrazo,
estás bella como un cielo.
MARINA. Muchas gracias.
PEDRO. Te lo digo,
Marina, como lo siento.
(Observándolas) ¡Están ustedes turbadas!
COND. No.
MARINA. No.
PEDRO. ¿Que no? Pues me alegro;
pero si estorbo...
COND. ¡Estorbar!
MARINA. ¡Estorbar!...
COND. ¿Qué estás diciendo?
PEDRO. Está usted yo no sé cómo,
y tú también.
COND. ¡Es empeño!
PEDRO. Bien debe usted comprender
que es muy grande mi deseo
de estar aquí; sin embargo,
me voy si es algún secreto.
COND. ¡Cuándo te digo que no!
PEDRO. (Bajo á la Condesa.)
Le ha dicho usted...
COND. (Bajo á Pedro.) Hablaremos.
PEDRO. (Id.) ¡Qué! ¿Se niega?
COND. (Id.) No se niega.
PEDRO. (Id.) ¡Pues á qué andar con misterios!
Sabe usted que ella es mi vida
y que si no soy el dueño
de su mano...

COND. ¿Qué?
PEDRO. (Conteniéndose.) No, nada!
que quiero pronto saberlo.
(Á Marina.) Marina, escucha.
MARINA. ¿Qué quieres?
PEDRO. ¿No te ha hablado de un proyecto
mi madre?
MARINA. Sí.
PEDRO. Pues bien, antes
que sepa tu asentimiento
ó tu negativa, es fuerza
que me oigas; decide luego.
Juntos nos hemos criado,
Marina, por largo tiempo,
por eso nuestro carácter
muy á fondo conocemos.
Un poco áspero es el mío,
un poco áspero, es muy cierto;
poco pulido en la forma,
altivo y algo soberbio;
pero bien sabes, Marina,
que el corazón es muy recto,
que de si galán y afable
por mis hábitos no peco,
lo que de afable me falta
me sobra de sentimiento.
Estas inmensas riquezas
que por fortuna poseo,
con mi mano y con mi alma
son tuyas, te las ofrezco;
si crees que serás dichosa
conmigo, sin perder tiempo
que venga el cura y nos case;
si no... si no... ¡qué remedio!
COND. ¡Vaya una declaración!
PEDRO. No me gustan los rodeos;
¿qué me respondes?
COND. No ves...
PEDRO. Yo, señora, lo que veo
es que no contesta.
MARINA. Yo...
COND. Esto raya en el extremo

de la exigencia! Una niña
no dice al instante acepto.

PEDRO. ¿Por qué si la quiero bien
y si sabe que la quiero?

MARINA. Pedro, ya he dicho á tu madre
mi decisión.

PEDRO. Bueno es esto;
¿y se está usted tan callada?
¡hable usted, por Dios eterno!

COND. Marina me ha contestado
que tu amante ofrecimiento
aceptaba.

PEDRO. ¡Que aceptaba!
¿y se está usted tanto tiempo
sin decírmelo? Marina,
el placer que experimento
es indecible; mi esposa
vas á ser: bien sabe el cielo
que he de labrar tu ventura.

COND. ¡Hijo!

PEDRO. ¡Madre! ¡yo enloquezco!

COND. Basta ya, basta; Marina,
retírate á tu aposento,
tengo que hablar con mi hijo.

PEDRO. Adios, Marina. (Dándola la mano.)

MARINA. Adios, Pedro.
(Vase por la derecha.)

ESCENA XI.

LA CONDESA y PEDRO.

PEDRO. ¡Loco estoy! ¡qué frenesí!

COND. Si, bien: hay que fijar plazo...

PEDRO. ¡Ah! ¡déme usted un abrazo!
¡otro! ¡otro! ¡madre, así!
(La abraza repetidas veces.)

COND. Vamos, calma, calma.

PEDRO. No;
¿para qué, madre querida?
¿no sabe usted que mi vida
pende de este enlace?

COND. ¡Oh!
¡Pedro!
PEDRO. Sin ella no vivo,
yo con mi altivez batallo;
pero ella vence, me hallo
en sus cadenas cautivo.
Juntos nuestros corazones...
BARRAQ. (Dentro.) ¡Señora! ¡albricias! ¡albricias!
COND. ¿Qué es eso?

ESCENA XII.

LOS MISMOS y BARRAQUETA.

BARRAQ. (Saliendo por el fondo.) ¡Buenas noticias!
¡qué noticias! ¡noticiones!
De cansancio vengo muerto.
COND. Siéntate.
BARRAQ. Lo necesito,
pero... (Mirando á Pedro.)
PEDRO. Habla.
BARRAQ. El señorito
de llegar acaba al puerto.
COND. ¿Jáime?
BARRAQ. Señora Condesa,
verdad. Yo mismo le ví.
COND. ¿Qué dices? ¿Jáime está aquí?
¡qué ventura!
PEDRO. ¡Qué sorpresa!
COND. ¡Sorpresa! ¿Guardas rencor
á tu hermano?
PEDRO. Soy dichoso;
no puedo ser rencoroso.
COND. ¡Escucha! ¿no oyes rumor?
(Aplicando el oído.) ¿Será Jáime? ¿será? Sí.
¡Mi pecho en placer se anega!
BARRAQ. Viene tras de mí. ¡Ya llega!
COND. (Corriendo al fondo.)
¡Jáime! ¡Jáime!
BARRAQ. Ya está aquí.
(Aparece Jáime al fondo.)

ESCENA XIII.

LOS MISMOS y JÁIME.

JAIME. (Abrazando á su madre.)
¡Madre mía! ¡madre mía!
COND. ¡Hijo de mi corazón!
JAIME. ¿Llora usted?
COND. ¡Lágrimas son
de consuelo y de alegría!
BARRAQ. ¡Y yo reviento de gozo!
me dan ganas de bailar,
de reir... ¡y de llorar!
¡vaya si está guapo mozo!
¿Dónde se entra el equipaje?
COND. Llevadlo á su habitación.
(Vase Barraqueta con los mozos.)

ESCENA XIV.

JÁIME, la CONDESA y PEDRO.

COND. ¡Me trastorna la emoción!
¿y cómo ha sido este viaje?
¿Algún asunto de urgencia?
JAIME. Ninguno; me decidí
á ver á usted, y pedí
cuatro meses de licencia.
COND. ¡Ah, ya los tengo á los dos!
¡gracias, cielo soberano!
(Á Jaime.) Mira á tu hermano.
(Á Pedro.) Tu hermano.
JAIME. (Con frialdad.) Adios, Pedro.
PEDRO. (Id.) ¡Jáime, adios!
COND. (Observándolos.) ¡Ah!
(Á Jáime.) ¿Vuelves á tu país
contento?
JAIME. Madre querida,
la patria nunca se olvida.
COND. ¡Como es tan bello París!
JAIME. Es la capital del mundo;

¡qué vida! ¡qué animación!
qué hermosa es la agitación
de aquél piélago profundo!
París es córte, señora,
del placer y la alegría;
allí un mes parece un día:
allí un día es una hora.
Pero aunque á un joven le cuadre
esa diversión eterna,
hay ctra emoción más tierna
en los brazos de una madre.
En ellos siempre he pensado
y á gozarlos decidido
desde el punto en que he podido,
señora, los he buscado.

COND. (*Abrazándole.*) Y ellos te esperan, ¡ah, ven!
amantes, tiernos, dichosos;
pero hay otros cariñosos,
Jáime, que esperan también.

JAIME. ¿Cuáles?

COND. (*Señalando á Pedro.*) Míralos allí.

PEDRO. Jáime. (*Friamente.*)

JAIME. (*Id.*) Pedro.

PEDRO. (*Id.*) Hermano.

JAIME. (*Id.*) Hermano,
ten mi mano. (*Se tienden las manos.*)

PEDRO. Ten mi mano.

COND. ¿No os abrazais?

PEDRO. ¡Ah, sí!

JAIME. ¡Ah, sí!
(*Abrázanse ceremoniosamente.*)

COND. (*Ap.*) (¡Oh!)

PEDRO. ¿Piensas permanecer
aquí mucho?

COND. ¿Por qué no?

JAIME. ¡Cuatro meses!

COND. ¡Poco!

PEDRO. ¡Oh!
¡aquí qué tiene que hacer!

COND. ¿Qué tiene que hacer aquí,
Pedro? estar á nuestro lado.

JAIME. Pero el deber es sagrado;

la obligación...

COND. Junto á mí;
esa es ya tu obligación.

JAIME. Terminada la licencia
debo partir.

COND. ¡Otra ausencia!
ya no hay para ella razón.

PEDRO. No le impida usted marchar;
no ha llegado á comprender
que á nuestro modo de ser
no se puede acostumbrar.

COND. ¿Y por qué?

PEDRO. Pues ahí es nada,
no estamos poco distantes;
¿cómo han de ser fabricantes
agregados de embajada?
Á Jáime le llama allí
su inclinación y deseo;
¿no es verdad?

JAIME. Sí, sí, ya veo
que no debo estar aquí.

PEDRO. (Encogiéndose de hombros.)
Por mí te puedes quedar.

COND. (Ap.) (¡Los odios! ¡los odios fijos!

JAIME. (Con ironía.) ¡Muchas gracias!

COND. ¡Hijos! ¡hijos!
¿me quereis asesinar?

PEDRO. ¡Señora!

COND. De mis amores
fuisteis bien amargo fruto;
mi corazón viste luto
por vuestros fieros rencores.
¿Por qué la implacable suerte
abre en mí tan honda herida?
porque si yo os dí la vida,
vosotros me dais la muerte.
¿No he sido yo todo amor,
todo cariño y dulzura?
¿cómo de fuente tan pura
brotan el odio y rencor?
Yo de vuestra alma en el fondo
miro, y en ambos es bueno;

¿por qué ocultaís el veneno
en lo más hondo, más hondo!
Recordad vuestra niñez,
madre tierna, dulce madre;
yo templé de vuestro padre
la severa rigidez.
Yo corregí con abrazos
infantiles extravíos;
sois mis hijos, ¡hijos míos!
de mis entrañas pedazos!
para mí fué la amargura
y la tristeza y el duelo:
para vosotros mi anhelo,
mi cariño y mi ternura.
¡Hijos! bien lo sabe Dios!
de mi amor en la vehemencia
no he tenido preferencia
por ninguno de los dos.
Para evitar nuevos daños
y penas, Jáime querido,
de mi lado te he tenido
ausente por muchos años.
¡Oh! cuánto me equivoqué!
mi corazón os halló
al uno como quedó,
al otro como se fué.
¡Tanta desdicha no afronto!
si os he de ver á los dos
así siempre, quiera Dios
matarme pronto, muy pronto!
que es tan grande la ansiedad
de mi pecho y la agonía,
¡ay! que para mí sería
morir la felicidad!

PEDRO. (Ccnmovido.) ¡Madre!

JAIME. (Conmovido.) ¡Madre mía!

COND. ¡Oh!
engañadme por lo menos!
si sois buenos, si sois buenos
¿por qué me matais? No, no,
venid, venid á mi lado,
dad los odios al olvido

para siempre; yo os lo pido
por el Dios crucificado!
Por mi cariño profundo,
santo amor de los amores;
por los benditos dolores
que sentí al daros al mundo!
Hijos, miradme los dos,
vedme con los ojos fijos!
¡Hijos!

JAIME. (Abrazando á Pedro.) ¡Pedro!

PEDRO. (Abrazando á Jáime.) ¡Jáime!

COND. (En medio) Hijos,
hijos, bendito sea Dios!
(Quedan abrazados los tres. Óyese nuevamente la melodía de Schubert.)

COND. y PEDRO. ¡Ah!

JAIME. ¿Qué melodía es esa?

PEDRO. Marina.

JAIME. ¿Marina?

PEDRO. Sí;
no sabe que estás aquí;
voy á darla una sorpresa.
Espera.
(Vase por la derecha. Jáime queda turbado y un tanto conmovido.)

ESCENA XV.

LA CONDESA y JÁIME.

JAIME. ¡Dios soberano!
¿conque Marina está en casa?

COND. ¿Tú no sabes lo que pasa?
se va á casar con tu hermano.

JAIME. ¿Con mi hermano?

COND. Todo está
ya convenido.

JAIME. No! no!

COND. ¿Qué dices, Jáime?

JAIME. (Conteniéndose.) ¡Yo, yo!..

COND. ¡Hijo!

JAIME. (Arrojándose en sus brazos.) ¡Madre mia, ah!

¡madre!

COND. ¿Qué vas á decir?

JAIME. ¡Yo también la amo!

COND. ¡Dios santo,
Dios de bondad, dame llanto
y fuerzas para sufrir!

(Jáime ha caído en un sillón. La Condesa se apoya en él medio desmayada. Barraqueta aparece al fondo y levanta las manos al cielo.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

JÁIME en actitud reflexiva.

Hay instantes, hay momentos
en que duda mi razón
si este afán, si estos tormentos
son negros presentimientos
de mi triste corazón.
¡Marina! ¡no puede ser!
si ella es mi eterna alegría;
si casi desde el nacer
no alimento otro placer
que verla y soñarla mía!
Si ausente siempre he llevado
en el alma su semblante
de tal manera grabado
que... ¡Pero si yo no he estado
ausente de ella un instante!
Ni un sólo instante; al marchar
lejos del suelo español,
la he visto siempre flotar
en mi camino, en el mar,
en las sombras, en el sol.

¡En todas partes! allí
donde las huellas sentí
del Ser eterno y fecundo;
y cuando no en todo el mundo,
la he visto brotar en mí.
Dulce sueño halagador,
luz y ser de mi ser mismo,
no me ha hecho entrar el Señor
en el cielo de tu amor
para arrojarme al abismo.
(Aparece Marina á la derecha.)

ESCENA II.

JÁIME y MARINA.

JAIME. ¡Ah! Marina! ven.
MARINA. (Sorprendida.) ¡Dios mío!
JAIME. ¡Gracias á Dios que ya puedo
verte á solas! ¿Tienes miedo?
Contesta.
MARINA. ¡Miedo!
JAIME. ¡Ó desvío!
MARINA. ¿Desvío? me ultrajas!
JAIME. No.
¿Cómo ha de ser desdeñosa
la compañera amorosa
de mi niñez?
MARINA. ¡Jáime!
JAIME. ¡Oh!
Ven, Marina, y dí si es cierto
que mi amor das al olvido,
si estoy soñando dormido
ó estoy soñando despierto.
¿Vas á unirte á Pedro? ¡Dí!
¿Unes tu suerte á su suerte?
¡ay! tu silencio de muerte
me está diciendo que sí.
¿Pero has podido olvidar,
Marina, que yo te adoro?
que tu amor, que es mi tesoro,
tiene en mi pecho un altar?

¿Que en tí mi esperanza se halla
y el consuelo á mi amargura?
¿no lo sabes por ventura?

MARINA. (Con timidez.)
Nunca me lo has dicho.

JAIME. (Rápido.) ¡Calla!

MARINA. Nunca...

JAIME. ¡Calla por favor;
te estás haciendo un ultraje!
¡á qué el humano lenguaje!
¿no tiene el suyo el amor? (Con arrebato.)
¿Qué no te lo he dicho?

MARINA. ¡Calma,
calma por Dios tus enojos!
¡Oh!

JAIME. ¡Mil veces con los ojos,
mil veces más con el alma!
(Señalando á la ventana.)
Ven, Marina: allí en las brumas
¿qué ves envuelto? ¿qué ves?
¡árboles, flores, después
un manto de ondas y espumas!
¿Recuerdas? Me iba á ausentar;
yo callaba, el sol moría
y tu vista recorría
la inquieta extensión del mar.
De pronto ahogando un gemido
nuestras dos almas se unieron
y sin hablar se dijeron:
¡No me olvides!—¡No te olvido!
Tú lo debiste sentir,
Marina, aquel mudo acento
fué un sagrado juramento
de amor. ¡Por eso al partir,
bañado con el rocío
de unas lágrimas furtivas,
un ramo de siemprevivas
me diste! (Sacándole.) Aquí está.

MARINA. ¡Dios mío!

JAIME. Promesa de amor sagrada
perfumada por tu aliento,
que conservó el sentimiento

de mi pasión malograda.
¿Qué otro emblema seductor,
ni qué recuerdo más santo
que una flor bañada en llanto
há menester el amor?
¡Triste del mío? Al sentirle
por tu inconstancia vendido,
mi corazón ofendido
quiere odiarle y maldecirle.

MARINA. ¡Ah! no.

JAIME. ¡Maldecirle, sí!

MARINA. ¡Calla!

JAIME. ¿Tú á callar me obligas?

MARINA. Sí; no quiero que maldigas
un amor que...

JAIME. ¿Qué?

MARINA. (Vacilando.) ¡Ay de mí!

JAIME. ¡Marina, me haces temblar
de placer!... ¿vacilas? ¡lloras!

MARINA. Hace muchas, muchas horas
que no hago más que llorar.

JAIME. ¿Luego, tú?... ¡Dí, por favor!

MARINA. Te estás haciendo un ultraje;
¿á qué el humano lenguaje?
¡no tiene el suyo el amor!

JAIME. ¡Ah! ¡sí!

MARINA. Calla, no conoces...

JAIME. ¿Por ventura es un delito
nuestro amor? ¡Yo necesito
decirlo á voces, á voces!
¡Ah! ¿por qué hoy tu labio daba
el sí?

MARINA. Dudaba y temía;
era Pedro quien pedía,
tu madre quien suplicaba.

JAIME. ¡Pues bien; sabrán que tu amor
es mío!

MARINA. ¡Jáime!

JAIME. No temas.

MARINA. ¿Cómo no?

JAIME. Hay leyes supremas
y santas en mi favor.

¿Y yo he llegado á injuriarte?
¿y mi amor he maldecido
y este recuerdo querido?
¡Perdóname!

MARINA. ¿Perdonarte?

JAIME. Y en prenda, ten. (Le da el ramo.)

MARINA. ¡Oh! ¿qué ansías?

JAIME. Lleva esa prenda sagrada;
que vuelva purificada
de tus manos á las mías.

MARINA. Aquí, sobre el corazón.

JAIME. Después...

MARINA. Después volverá
al tuyo.

JAIME. (Con efusión.) ¡Marina!

MARINA. (Huyendo avergonzada.) ¡Ah!

RAMON. (Fondo derecha.)
Adios, Jáime.

JAIME. (Con sequedad.) Adios, Ramón.

ESCENA III.

JÁIME y D. RAMÓN.

RAMON. ¡Qué aire corre en esta sala!

JAIME. ¿Corre aire?

RAMON. Sí.

JAIME. No es extraño:
alguna brisa marina.

RAMON. Ó un vientecillo colado.

JAIME. (Ap.) (¡Ah! ¿si lo habrá conocido?)

RAMON. (Ap.) (¡Pobre chico!)

JAIME. (Ap.) (¡Pobre diablo!)

RAMON. ¿Conque en España?

JAIME. En España.

RAMON. ¡Gran viaje, chico!

JAIME. No es malo.

RAMON. Ni el de Colón fué más grande.

JAIME. No, ni más afortunado.

RAMON. Seis milloncejos.

JAIME. Y pico.

RAMON. Venidos así á las manos

sin saber cuándo ni cómo.
JAIME. Sin saber cómo ni cuándo.
RAMON. ¡Y ancha es Castilla?
JAIME. ¡Qué hacer!
RAMON. Tú no tenías un cuarto.
JAIME. ¡Pues!
RAMON. Y te encuentras de pronto
hecho un señor propietario;
tú no puedes figurarte
mi alegría.
JAIME. ¡Me hago cargo!
RAMON. Por supuesto, que al momento
dareis principio al contrato
social que el tío encargaba.
JAIME. No sé...
RAMON. Parellada hermanos.
JAIME. Es cosa de Pedro.
RAMON. ¡Chico!
JAIME. ¿Qué mejor depositario?
RAMON. Con todo, en estos asuntos
hay que obrar siempre con tacto.
Quien dijo dinero, dijo
embrollos y sobresaltos,
percances y trabacuentas.
Pedro se halla acostumbrado
á manejar su fortuna,
pero no la de un extraño;
y eso de encargarse él sólo...
JAIME. Pues lo hará de muy buen grado.
RAMON. Lo dudo; el tiempo es dinero;
y aunque Pedro no es avaro,
se halla en otras circunstancias
que tú.
JAIME. ¿Sí?
RAMON. Dentro de un año
es casi lo más seguro
que tendrá el hijo.
JAIME. ¡Ya!
RAMON. Vamos,
no es decir que tú no tengas
dos ó tres. Y qué reguapos
serán los de Pedro!

JAIME. ¡Puede!
RAMON. ¡Marina un clavel de Mayo!
JAIME. ¡Marina!
RAMON. Y él un buen mozo...
JAIME. Sí, sí.
RAMON. ¡Delicioso vástago!
Ya veis que estais muy distantes
para arreglar *vuestros saldos*
Pedro y tú.
JAIME. No, no lo creas.
RAMON. Él se casa.,.
JAIME. Y yo me caso.
RAMON. ¡Demonio! ¿tú también quieres?...
JAIME. También.
RAMON. ¡Lo celebro tanto!
¿De manera que os casais
á un tiempo los dos hermanos?
JAIME. No.
RAMON. ¿No?
JAIME. (Con sequedad.) No.
RAMON. (Encogiéndose de hombros.) Yo suponía...
¿Y ella te quiere?
JAIME. Ya hace años.
RAMON. ¿Y no hay rival?
JAIME. No; no puede
haberle.
RAMON. Y en todo caso,
aunque le haya, ¡qué demonio!
si todo es cuestión de cuartos.
JAIME. ¿Cómo?
RAMON. Si tú eres más rico...
JAIME. ¿Qué?
RAMON. Vences á tu contrario.
¡Esto es cosa de los padres,
chico, quien puja más alto!
Ya sabes que en Cataluña
se hacen así los contratos
de boda; se tasa el dote,
fincas, alhajas y trapos,
se saldan las diferencias
y se unen en santo lazo
dos fortunas.

JAIME. ¿Y las almas?
RAMON. Eso es después; con el trato.
JAIME. ¡El trato!
RAMON. Pero tú, Jáime,
tienes seis perros alanos
con los seis millones, vaya,
como no te salga al paso
un Creso...
JAIME. ¿Qué?
RAMON. Ó un *hereu*
de esos que tienen á carros
el oro, la chica es tuya
como dos y dos son cuatro. (Pausa.)
¿Puede saberse su nombre?
JAIME. (Mirándole con fijeza.)
¿No lo sabes?
RAMON. Está claro.
JAIME. Ya lo sabrás.
RAMON. ¿Hay secreto?
JAIME. Previsión.
RAMON. Entonces callo.
JAIME. Adios.
RAMON.. Adios.
JAIME. (Ap.) (¡Oh! ¿querrá
negarme el padre su mano?)
RAMON. ¡Y que sea enhorabuena!
JAIME. Gracias. (Ap.) (¿Se estará burlando?)
(Vase foro izquierda.)

ESCENA IV.

RAMÓN.

Tu corazón despedazan
las dudas... ¡sufres! No tanto
como yo, que no es posible
sufrir dolor más amargo;
con la ambición, el orgullo
es lo que en mí se ha infiltrado
de un modo tal, con tal furia,
que á mí mismo me da espanto.
Allí va, se dicen todos,

allí va el desheredado!

ESCENA V.

D. RAMÓN, al foro izquierda, PEDRO y BARRAQUETA foro derecha.

PEDRO. Dí al capataz que recoja
y dé suelta á los muchachos.
BARRAQ. Señor...
PEDRO. Haz lo que te digo.
BARRAQ. ¡Se va á perder el trabajo
de un día!
PEDRO. Y eso, ¿qué importa?
BARRAQ. ¿Qué importa? ¡Que están los blancos
á la estampación!
PEDRO. ¿Y qué?
BARRAQ. ¿Y qué? Que es un despilfarro.
PEDRO. Barraqueta...
BARRAQ. Y no me gusta...
PEDRO. ¿No sabes que hoy es el santo
de ella?
BARRAQ. ¡De ella! ¡Siempre de ella!
¡Siempre son ellas el palo
con que quedamos partidos
por mitad del espinazo!
PEDRO. Cada cual habla en la feria...
BARRAQ. Justamente, por eso hablo.
Lo cierto...
PEDRO. Mira, lo cierto
es que hagas lo que te mando.
BARRAQ. Señor...
PEDRO. ¡Barraqueta!
BARRAQ. ¡Vaya!
(Ap.) (¡Cuando sepa que su hermano
quiere también á la chica,
va á haber aquí un zafarrancho!
¡Uy, si pudiera arreglarse
el asunto á puñetazos!
(Se vuelve y se queda frente á frente con D. Ramón, tragando con dificultad.)
¡Este es otro que bien baila!

¡No le trago, no le trago! (Vase foro derecha.)

ESCENA VI.

D. RAMÓN y PEDRO.

RAMON. Buenas tardes, Pedro.
PEDRO. ¡Hola!
¿estabas aquí?
RAMON. Dudando
si era ese pícaro viejo
el señor, y tú el criado.
PEDRO. Pues Ramón, no cabe duda,
aquí yo soy siempre el amo.
RAMON. ¿Con que hoy es día de huelga?
PEDRO. Sí, Ramón, un día fausto:
¿á qué ocultarte una cosa
que debe saberse?
RAMON. Es claro.
PEDRO. He declarado á Marina
mi amor, y ella me ha otorgado
el suyo; seré su esposo
pronto.
RAMON. ¿Te casas?
PEDRO. Me caso:
mañana veré á su padre
para pedirle su mano.
RAMON. ¡Bah! ¡bah! Por el padre, chico,
puedes estar descuidado;
¡seguro estoy de que tiene
un placer extraordinario!
PEDRO. También la chica.
RAMON. La chica...
no diría yo otro tanto.
PEDRO. ¿Cómo?
RAMON. ¡Es decir!
PEDRO. Habla pronto,
sin rodeos, sin preámbulos.
RAMON. Yo no digo...
PEDRO. ¡Si ella misma
me dá su mano!
RAMON. ¡Su mano!

¿Y el corazón?

PEDRO. ¡Ah!

RAMON. No es fácil
dar lo que se tiene dado.

PEDRO. Mientes.

RAMON. No, si yo no afirmo...

PEDRO. Entonces...

RAMON. Sin afirmarlo,
miro, escucho, observo y juzgo.

PEDRO. Pero sin datos.

RAMON. Con datos.

PEDRO. Entonces sabes el nombre...

RAMON. Nada de nombres.

PEDRO. ¿Acaso
piensas que mi alma tolera
la duda? Vas á contármelo
todo, todo, y ahora mismo,
por fuerza.—Dí.

RAMON. ¡Vamos! ¡vamos!
no te descompongas, Pedro.

PEDRO. ¡Ramón!

RAMON. Te cansas en vano.
Yo he querido prevenirte,
porque eres al fin y al cabo
mi primo, pero los nombres
ni por fuerza ni de grado.

PEDRO. ¡Ramón, Ramón!

RAMON. Es inútil:
yo á Barcelona me marcho,
en media hora estoy de vuelta
y ya verás lo que hago.

PEDRO. ¿Pero no hay pruebas?

RAMON. Hay flores
que dicen más que los labios.

PEDRO. ¡Flores!

RAMON. Marina las lleva;
á ellas puedes preguntárselo.
(Vase foro derecha.)

PEDRO. (Solo.) ¡Qué el corazón de Marina
no es mío! ¡que no! ¡insensato!

ESCENA VII.

LA CONDESA y PEDRO.

COND. (Por la derecha. Ap.)
No hay duda, á Marina oí
yo misma la confesión
de su amor; su corazón
es de Jáime. (Viendo á Pedro.) ¡Pedro aquí!
(Alto.) Pedro.

PEDRO. (Fuera de sí y con el rostro desencajado se dirige á su madre.)
¡Ah!

COND. ¡Me haces temblar!
¿tú para tu madre enojos?
¿qué tienes? veo tus ojos
de las órbitas saltar;
veo tu rostro sombrío
y torvo, de nubes lleno;
siento el latir de tu seno;
¡ah! ¿qué tienes, hijo mío?

PEDRO. ¡Ay madre! ¡el alma en pedazos!

COND. Pedro, ten calma y reposa
de una madre cariñosa
en los dulcísimos brazos.

PEDRO. ¡Cuando un fuego poderoso
en mi corazón se enciende,
usted, señora, pretende
que tenga calma y reposo!
¡Oiga usted rugir en mi alma
esta tempestad horrible,
y diga usted si es posible
que tenga reposo y calma!

COND. (Ap.) (¡Dios mío! ¡ten compasión
de mí! tú eres bueno y sábio,
presta, Señor, á mi labio
con la fé, la persuasión.)
(Alto.) Ese arrebato, ese exceso
de cólera repentina,
¿por qué?

PEDRO. Marina...

COND. ¡Marina!
PEDRO. ¡No me ama!
COND. (Con naturalidad.) ¿Y es por eso?
PEDRO. ¡Mi ilusión ha sido vana!
(La Condesa esfuerza una sonrisa.)
¡Ah! ¿se rie usted?
COND. ¡Me río!
¿Y tú haces caso, hijo mío,
de una niña casquivana?
PEDRO. ¡Ah!
COND. ¿Por eso has de perder
sosiego y felicidad?
¿quién dijo: «*Fragilidad,*
tienes nombre de mujer?»
(Con muchísima naturalidad.)
Pedro, Pedro, da al olvido
cariño tan loco y ciego,
amor de mujer es fuego
ya apagado, ya encendido.
Sí, fuego fátuo que vaga
y no ilumina ni prende,
con una chispa se enciende
y con un soplo se apaga.
Esas, hijo mío, son
leyes de naturaleza,
en mujer es la flaqueza
la primera condición.
Somos para asegurar
nuestro efímero poder,
últimas para querer,
primeras para olvidar.
Y un hombre como tú, un hombre
altivo, discreto, fuerte,
á quien ha dado la suerte
valor, riquezas y nombre,
arriesga por un desvío
su fortuna y porvenir?
PEDRO. ¡Ah!
COND. ¿Pues no me he de reir?
PEDRO. ¡Madre!
COND. (Llorando.) ¡Me río! ¡me río!
PEDRO. ¡Con lágrimas!

COND. ¿Estás loco?
te hablo de veras.
PEDRO. ¡Ah!
COND. Sí.
PEDRO. No, pues usted no es así.
COND. ¡Yo!
PEDRO. ¡Ni Marina tampoco! (Pausa.)
¡Pero no me ama!
COND. ¿Y qué?
¿qué era para tí su amor?
PEDRO. Un rival...
COND. ¡Y qué!
PEDRO. ¡Oh furor!
¿Quién es?
COND. ¡No sé!
PEDRO. ¡Ah!
COND. ¡No sé!
¿qué te importa?
PEDRO. ¡Madre mía!
¡usted lo sabe!
COND. ¡Quimera!
PEDRO. No.
COND. ¿Pues si yo lo supiera,
Pedro, no te lo diría?
(Ap.) (¡Qué angustia!)
PEDRO. ¡Yo lo sabré!
COND. ¡Hijo!
PEDRO. Sabré quién es dueño
de su corazón.
COND. ¡Qué empeño
tan inútil! ¿para qué?
PEDRO. ¡Para qué! ¡para que mida
su pasión con mi pasión,
para herirle el corazón,
para arrancarle la vida!
COND. Ah, Pedro, Pedro, por Dios,
mira mi mortal zozobra.
PEDRO. ¡Madre! uno sobra, uno sobra
en el mundo de los dos.
Lo juro al cielo divino,
yo mataré á ese rival
odioso.

COND. ¡Tú criminal!
¡tú homicida! ¡tú asesino?
¿Asi pagas el amor
de tu madre, Pedro, así?
PEDRO. ¡Ay!
COND. ¡Apártate de mí!
¡aparta! me das horror! (Pausa.)
PEDRO. (Con gran sentimiento.)
¡Madre! ¡madre! ¡no soy fuerte!
COND. ¡Ay! ¡me estás asesinando!
PEDRO. Pues bien... (Largo silencio.)
COND. ¿En qué estás pensando?
PEDRO. (Con solemnidad.)
¡Estoy pensando en la muerte!
COND. ¡No! ¡no! ¡Pedro, Pedro! no.
¡Y yo! ¿y tu madre? ¿Prefieres
la muerte? ¡ay Dios! si tú mueres,
¡hijo, también muero yo! (Abrázanse.)
PEDRO. ¿Qué haré?
COND. (Viendo venir á Jáime.) ¡Jáime!
PEDRO. ¡Una esperanza!
COND. ¡Ah, sí, espera! (Ap.) (¡Si él se inmola!
(Con dolor.) ¡otro hijo!)
(Alto.) Déjame sola.
PEDRO. Pero...
COND. ¡Templanza! ¡templanza!
PEDRO. (Volviendo al furor.)
Mal hace en querer templar
este furor que me ciega;
mi alma es bajel que navega
por un tempestuoso mar.
Del timón soberbio tasca
el duro y rígido freno,
á la muerte va sereno
luchando con la borrasca.
Lánzase sin vacilar,
sin temor y sin desmayo,
y llega al puerto si un rayo
no le sepulta en el mar!
(Vase frenético por el foro.)

ESCENA VIII.

LA CONDESA, después JÁIME.

COND. (Sola.) Tú que como yo, Señor,
ves su espantoso delirio,
ten piedad de su martirio
y del mío. (Viendo á Jáime.) ¡Él es! ¡Valor!
JAIME. (Con regocijo.) Á buscar á usted venía,
señora.
COND. También deseo
hablarte, Jáime; en tí veo
que rebosa la alegría.
JAIME. No lo debe usté extrañar.
(Viendo su dolor.)
Pero, ¿por qué ese quebranto?
COND. Yo... ¿Jáime?
JAIME. ¡Sí, veo el llanto
por sus mejillas rodar;
está usted llorando!
COND. Es cierto.
JAIME. ¿Quién á mi madre ha afligido?
COND. Son por un hijo querido
estas lágrimas que vierto.
JAIME. ¿Pedro la ha hecho á usted llorar?
COND. Pero tú, Jáime, si accedes
á mi deseo, tú puedes
mis lágrimas enjugar.
JAIME. ¡Dónde hay más gloriosa palma
para mí, madre querida!
COND. ¿Me amas?
JAIME. ¡Con toda mi vida!
COND. ¿Me quieres?
JAIME. ¡Con toda mi alma!
COND. ¿Y á mi deseo propicio
vas á estar?
JAIME. ¿Y por qué no?
COND. ¡Jáime, y si te pido yo
un terrible sacrificio!
JAIME. ¿Qué me puede usted pedir?
¿hay sacrificio más fuerte

que la muerte? Pues la muerte
estoy dispuesto á sufrir.

COND. Hay sacrificios que son
mayores, hijo; hay herida,
que no acaba con la vida,
pero mata el corazón.

JAIME. ¡Ah!

COND. ¡Qué!

JAIME. ¡Me hace usted temblar!

COND. ¿Qué tienes?

JAIME. Una sospecha
que como acerada flecha
viene mi alma á desgarrar.

COND. ¿Tendrás valor?

JAIME. No lo sé,
que ya el peligro adivina
mi corazón.

COND. ¡Oh!

JAIME. ¡Marina!...
¿que renuncie? ¡yo! ¿y por qué?
Dígalo usted, no me arredro,
á todo estoy preparado;
¿por qué?

COND. ¡Hijo desdichado!

JAIME. ¿Por Pedro?

COND. ¡Jáime!

JAIME. ¡Por Pedro!
No.

COND. ¿Qué estás diciendo?

JAIME. (Con arrebato.) Yo
dueño soy de su albedrío;
¡su cariño es mío, es mío!

COND. (Id.) ¡Pero es mi hijo!

JAIME. (Con estupor.) ¿Y yo no?

COND. (Con un grito desgarrador.)
¡Ah! ¡perdona! ¡la violencia
de mi dolor!... ¡yo no sé!...

JAIME. (Con amargura.) ¡Tanto han labrado en usté
estos seis años de ausencia!

COND. ¡No, no!

JAIME. ¿Me está usté injuriando?

COND. ¡No, no! Mi labio no dijo...

¡perdóname!

JAIME. ¡Pedro es su hijo!
¿pero y yo?

COND. ¡Me estás matando!
(Silencio. Pausa.)

JAIME. (Cogiendo con extremado cariño la mano de la Condesa.)
¡Ah! ¡si en ese corazón
no leyera, madre mía,
¿quién al mio libraría
de la desesperación!

COND. ¡Hijo! (Abrazándole.)

JAIME. (Con calma.) Ya estoy satisfecho,
y yo sufriré el suplicio
de tan cruel sacrificio,
si hay razón y si hay derecho.

COND. ¡Ah!

JAIME. ¡Meditemos con calma!

COND. ¡Con calma! ¡qué aterradora!...

JAIME. Veamos, madre y señora,
si le debo vida y alma.
El uso...

COND. ¡Injusto y cruel!

JAIME. Le dió todo sobre mí
por ser el primero.

COND. Sí.

JAIME. ¡En todo el primero es él!
Yo de un salario disfruto
que me paga de buen grado
como se paga á un criado...

COND. No.

JAIME. No por un amo absoluto.
Tan riguroso es su fuero,
tal su dominio se expresa,
que no me siento á la mesa
si él no se sienta primero.
Si una sórdida avaricia
en mi corazón entrara,
sus riquezas disputara
sin faltar á la justicia.
Dígame sin vacilar
si nó he sabido cumplir,

si me ha visto resistir
ó me ha oído murmurar.
Siempre respeté sumiso
la ley de nuestros mayores,
que dió riquezas y honores
al primero... ¡porque quiso!
Mas si un respeto profundo
guardan siempre nuestras greyes
á esa ley, madre, otras leyes
superiores en el mundo
alzan su excelso blasón
sobre toda gerarquía;
y son esas, madre mía,
las leyes del corazón.
Leyes que hacen humillar
al más tirano poder;
el amor de una mujer
no se puede legislar;
ninguno es el heredero
de un corazón que no adora;
¡oh! ¡déjeme usted, señora,
que una vez sea el primero! (Pausa.)

COND. ¡Es verdad! (Ap.) (¡El corazón
siento romperse en el pecho!)

JAIME. Contra el derecho, el derecho.

COND. ¡Ah, Jáime! ¡Tienes razón,
pero una pasión cruel
le arrebata y le extravía!

JAIME. ¡Una pasión! ¡Si es la mía
mucho mayor que la de él.

COND. ¡Sólo Marina es su suerte!

JAIME. ¡Marina es mi porvenir!

COND. ¡Si la pierde va á morir!

JAIME. ¡Sin ella voy á la muerte!

COND. ¡Tú también! ¡también! ¡los dos!
¡dejadme! ¡impíos! ¡impíos!

JAIME. ¡Madre mía!

COND. ¡Ay, hijos míos!
¿por qué me castiga Dios?

ESCENA IX.

LOS MISMOS y BARRAQUETA.

BARRAQ. (En la puerta.)
¿Se puede pasar?
JAIME. ¿Qué es eso?
BARRAQ. ¿Se puede entrar?
COND. Adelante.
BARRAQ. (Observándolos. Ap.)
(¡Están llorando! ¡Llorando!
¡por vi la del rey don Jáime!)
(Alto.) Ahí está el primo.
JAIME. ¿Qué primo?
BARRAQ. Don Ramón; dice que trae
de Barcelona un encargo
urgente y muy importante.
COND. ¿Qué será?
BARRAQ. No sé, señora;
no debe usía fiarse
de ese primo.
COND. ¿Por qué?
BARRAQ. ¡Vamos,
porque... porque es un tunante!
Le tiene hecho el testamento...
COND. ¡Un tigre!
BARRAQ. Una zorra.
COND. ¿Cuáles
serán sus proyectos?
BARRAQ. Malos,
señora; ¡usía sonsáquele!
JAIME. ¿Temes?
BARRAQ. Yo soy perro viejo
y huelo donde asan carne.
De todos modos confíe
en mí, que en último trance
no hay más que pegarle un tiro...
COND. ¿Cómo?
BARRAQ. Y *requiescat in pace.*
De este modo se resuelven
las cuestiones.
COND. Bien; que pase.

(*Vase Barraqueta.*)
ay, hijo, el alma me anuncia
más dolores, más pesares.

ESCENA X.

JÁIME, la CONDESA y D. RAMÓN.

RAMON. Con su permiso, señora.
COND. Ramón...
RAMON. Siento incomodarles.
COND. Usted no incomoda.
RAMON. Gracias.
COND. ¿Qué asunto?...
RAMON. Como es tan grande
el cariño que les tengo,
he dado un paso... ¿quién sabe
si hice bien? mas la intención
basta para disculparme.
COND. No entiendo.
RAMON. Me explicaré.
JAIME. Pues yo me retiro, madre.
RAMON. ¿Por qué? si no es un secreto;
chico, no; puedes quedarte;
son asuntos interiores
de la casa; familiares;
siendo tú de la familia
y siendo el negocio grave,
y feliz al mismo tiempo,
no estás de más, no te marches;
estoy seguro que el paso
que dí celebras y aplaudes.
COND. Hable usted.
RAMON. Yo sé, Condesa,
que usted quiere que se casen
Pedro y Marina.
JAIME. ¡Ah!
COND. ¿Yo?
RAMON. Sí.
Lo dicen en todas partes.
JAIME. (*Ap.*) (¿Qué intención es la de este hombre?)
RAMON. Como exigen los enlaces

ochenta mil requisitos
y cien mil formalidades,
como ante todo hace falta
que dé su permiso el padre
de Marina, y como ustedes
tienen mucho en que ocuparse
con la herencia y además
con la venida de Jáime,
por cuya razón la boda
pudiera bien retrasarse,
dije para mí: yo nada
tengo que hacer, pues ¡qué diantre!
me marcharé á Barcelona,
que está dos pasos, y antes
de las tres estoy de vuelta
en la torre; eso es muy fácil!
su padre me da el permiso
y con él en un instante
me encargo yo de arreglar
todos los preliminares,
de este modo les evito
molestias que én casos tales
no son flojas, les sorprendo
con noticias agradables,
ven mis buenas intenciones,
de las que creo que nadie
dudará, y cuando quieran
los muchachos que se casen.
¡Si hice mal, perdón les pido;
pero tal es mi carácter!

JAIME. (Con ira reconcentrada.)
Muchas gracias.

COND. Muchas gracias.

RAMON. ¿Gracias? ¿dé qué? no las vale;
¿los parientes, á qué estamos?
todos deben ayudarse
mútuamente; tengo mucho
gusto si á ustedes complace
lo que he hecho.

COND. Usted ha andado
algo de prisa.

RAMON. La tarde

es deliciosa y la torre
está muy poco distante
de Barcelona, en media hora
fuí y vine.

JAIME. (Ap.) (¡Estoy por ahogarte!)

RAMON. Falta que Pedro lo sepa.

COND. Mañana.

RAMON. ¿Á qué retrasarle
ese placer?

COND. Sin embargo...

RAMON. No, no, al momento, al instante,
que sepa que tiene primos
activos y serviciales;
todo previsto lo tengo,
ya fué un criado á avisarle.
Aquí viene.

JAIME. ¡Madre mía!

COND. Delante de Pedro cállate.
(Aparece Pedro por el fondo.)

ESCENA XI.

LOS MISMOS y PEDRO.

PEDRO. ¿Qué me querías, Ramón?

RAMON. Que no ignores lo que pasa.

PEDRO. ¿Qué pasa?

RAMON. Que está la casa
llena de satisfacción.
¿No estás la alegría viendo
de tu madre y de tu hermano?

JAIME. (¡Ah, traidor!) (Á la Condesa.)

RAMON. Dame tu mano,
ya eres feliz.

PEDRO. No te entiendo.

RAMON. Pues fácil es de entender;
mi cariño te lo abona.

PEDRO. ¿Cómo?

RAMON. Estuve en Barcelona.

PEDRO. ¡Ah! No has tardado en volver.

RAMON. ¿Qué no haría yo por tí?

PEDRO. ¿Y qué dices?

COND. (Á Jáime, conteniéndole.) (Por Dios, hijo.)

RAMON. Digo lo que César dijo.
PEDRO. ¡Ramón!
RAMON. *Llegué, ví y vencí.*
Ya es tuya Marina.
PEDRO. ¡Ah!
JAIME. (Ap.) (¡Suya!)
COND. ¡Jáime!
JAIME. ¡Madre, madre!
RAMON. Ya es tuya, hablé con su padre
y su permiso te dá.
Él hubiera deseado
venir, que esto le alborota,
pero le tiene la gota
en la butaca clavado.
Pedro, el asunto en cuestión
puedes dar por concluído;
yo en complacerte he tenido
una gran satisfacción.
(Silencio. Pedro queda inmóvil con los ojos fijos en el suelo.)
¿Te pesa?
PEDRO. No sé.
RAMON. En verdad...
PEDRO. ¡Ramón!...
RAMON. ¿En qué estás pensando?
PEDRO. ¡Ay Ramón! Está luchando
con mi amor mi dignidad.
Tú, primo, mi dicha labras
con ese permiso, es cierto,
pero á combinar no acierto
tus obras con tus palabras.
Tú me dijiste una frase
que aún en el alma me hiere;
¡no me ama! Si no me quiere,
¿cómo intentas que me case?
RAMON. ¡Qué diablo! Ya te querrá.
Si su padre lo dispone...
PEDRO. El amor nunca se impone.
RAMON. Aquí sí.
PEDRO. ¡Ni aquí ni allá!
RAMON. ¿Es decir, que cedes?
PEDRO. No;

¡ceder! ¡antes moriría!
RAMON. No te entiendo...
PEDRO. (Á la Condesa.) ¡Madre mía,
resuelva usted!
COND. ¡Pedro! ¡Yo!
PEDRO. Ya sabe usted la violencia
de mi pasión insensata;
la incertidumbre me mata.
COND. Obra según tu conciencia.
PEDRO. Es que...
COND. ¡Te empeñas en vano
en que esta cuestión decida;
yo no!
PEDRO. ¡Es mi muerte ó mi vida!
COND. Pues por eso mismo.
PEDRO. (Á Jáime.) Hermano,
sácame de esta ansiedad;
de tu cariño me fio:
¿qué me aconsejas?
JAIME. (Ap.) (¡Dios mío!)
RAMON. ¿También es tenacidad?
¿á qué tanto discutir?
PEDRO. ¿Qué dices?
RAMON. ¡Á qué cansarse!
Ella es la que va á casarse,
ella debe decídir.
PEDRO. ¡Ah! sí, esa idea ilumina
mi perturbada razón.
¡Estará en su habitación? (Dirigiéndose á ella.)
Marina.
COND. y JAIME. (Queriendo detenerle.) ¡Pedro!
PEDRO. Marina.
Me devora la impaciencia;
iré á buscarla yo mismo.
¡Ah! ya viene.
RAMON. (Ap.) (¡Cataclismo,
catástrsfe...)
COND., PEDRO y JAIME. ¡Ah!
RAMON. (Ap.) (¡Y herencia!)

ESCENA XII.

LOS MISMOS y MARINA.

PEDRO. (Ap. dominando su emoción al ver en el pecho de Marina el ramo de siemprevivas.)
(¡Las flores!)
JAIME. (Ap.) (¡Cielos!)
PEDRO. (Ap.) (¡Prudencia!)
RAMON. ¡Venga usté acá, señorita!
MARINA. Don Ramón...
RAMON. Se necesita
su decisión con urgencia.
MARINA. ¿Y sobre qué?
RAMON. ¡Sobre qué!
¿Ahora de nuevas se hace?
MARINA. Yo ignoro...
RAMON. Sobre el enlace
de Pedro.
MARINA. ¡Ah!
RAMON. Con usté.
MARINA. Yo...
RAMON. ¡Mire usted la impaciencia
de Pedro, Jáime y su madre!
MARINA. Necesito de mi padre
la licencia.
RAMON. ¡La licencia!
si ya está.
MARINA. ¿Que está?
RAMON. ¡Sí!
MARINA. Pero...
(Ap.) (¡Cielos, qué pasa por mí!)
RAMON. Pedro anhela oir un *sí*
de esa boca.
PEDRO. (Bruscamente.) No le quiero.
RAMON. ¿Qué dices?
PEDRO. (Á Marina.) Escucha.
RAMON. ¡Hay tal!
¡oh qué pronto te impacientas!
PEDRO. ¡Responde, pero no mientas!
¿tengo un rival?

MARINA. ¡Un rival!
PEDRO. ¿Quién es? ¿quién es? mi razón
se extravía.
RAMON. ¡Qué locura!
PEDRO. (Con sentimiento.)
¿Quién me roba tu hermosura?
¿quién me parte el corazón?
MARINA. ¡Pedro!
COND. ¡Hijo!
PEDRO. ¡Oh! ¡¡tengo miedo
de saberlo!!
RAMON. ¡Qué simpleza!
ante todo la franqueza.
PEDRO. ¿No me lo dices?
MARINA. ¡No puedo!
PEDRO. ¿Conque es verdad?
MARINA. ¡Dios bendito!
PEDRO. ¡Marina, quién es ese hombre?
MARINA. Yo, Pedro...
PEDRO. Díme su nombre.
JAIME. (Á Marina.) ¡Díselo, que no es delito!
PEDRO. (Receleso.) ¡Ah!
COND. ¡Jáime!
MARINA. (Va á decirlo.) Pues...
COND. (Interponiéndose y tapándole la boca.)
¡No! ¡ay de mí!
PEDRO. (Á la Condesa.) ¡Yo su respuesta reclamo!
(Á Marina.) ¿Por qué llevas ese ramo
en el pecho?
MARINA. ¡Pedro!
PEDRO. ¡Dí!
¿Es prenda de amor y fe
de un hombre con más derecho
que yo? pues bien, ¡de tu pecho
yo ese ramo arrancaré!
(Dirígese violentamente á Marina. Jáime se interpone vivamente.)
JAIME. ¡Nunca!
COND. ¡Hijo!
PEDRO. ¡Deja!
JAIME. ¡No!
PEDRO. ¡Ya no hay límite, no hay valla!

JAIME. ¡Mi cuerpo es firme muralla
para escudarla!

PEDRO. ¡Tú!

JAIME. ¡Yo!

PEDRO. (Con ira reconcentrada.)
¡Ah! tú eres. (Da un paso.)

COND. (Á Pedro.) ¡Dónde vas?

JAIME. Yo soy. (Con arrogancia.)

PEDRO. (Con frenesí.) ¡Maldito, maldito
de mí! (Adelantándose á Jáime.)
¡Oh, si estaba escrito!

JAIME. (Adelantándose á Pedro.)
¡Sí! ¡si estaba escrito!

COND. (Interponiéndose con gran energía.) ¡Atrás!
¡fratricidas!

JAIME y PEDRO. ¡Ah!

COND. ¡Los dos!

JAIME y PEDRO. ¡Madre!

COND. ¡Vuestre madre! ¡sí!
de rodillas ante mí!
¡Yo soy la imágen de Dios!

(La Condesa, con nobleza y dignidad, levanta las manos al cielo; Pedro y Jáime caen de rodillas, Marina ha caído desmeyada en una silla; D. Ramón contempla al fondo esta escena con profundo terror. Cuadro. Cae el telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

LA CONDESA sentada en un sillón y muy abatida. BARRAQUETA á su lado.

BARRAQ. Ánimo, por Dios, señora,
tome aliento y cobre fuerzas!
COND. ¿Y mis hijos?
BARRAQ. Ahora mismo
vendrán, señora Condesa;
yo los llamé.
COND. ¿Dí, qué han hecho?
BARRAQ. En cuanto empezó la gresca
y les dijo aquello usía,
inclinaron la cabeza.
COND. Lo recuerdo; ¿y luego?
BARRAQ. Luego
huyeron á toda priesa
con el dolor en el alma
y en la cara la vergüenza.
COND. ¿Y se han visto?
BARRAQ. No, señora.
COND. ¿Y Marina?
BARRAQ. Llora y reza.

COND. ¡Ay! yo caí sin sentido!
BARRAQ. Aquí estaba Barraqueta
para cuidarla, señora!
COND. (Levantándose)
¡Quién, Dios mío! quién creyera
que con dos hijos no tengo
un brazo que me sostenga!
¡Dame el tuyo!
BARRAQ. ¡Cómo, el mío!
COND. El tuyo.
BARRAQ. Usía me llena
de regocijo. (Se le da.)
COND. Ya siento
que mi espíritu flaquea.
¡Si me llamara á su lado
el Señor! Más cómo deja
así una madre á dos hijos
que su rencor reconcentran?
La muerte fuera el descanso,
más por mi desdicha inmensa,
dejándolos enemigos
es imposible que muera.
BARRAQ. Señora, deseche usía
esas malditas ideas,
porque si usía se muere,
¡qué hago yo sobre la tierra! (Pausa.)
Tengo que pedir á usía
perdón...
COND. ¿Perdón, Barraqueta?
¡De qué?
BARRAQ. ¡De una falta grave!
COND. ¿Grave?
BARRAQ. ¡Señora, tremenda!
COND. Explícate.
BARRAQ. Yo debí,
y que no marra la cuenta,
pegar un tiro á ese primo,
mi obligación era esa;
juré matarle y no lo hice,
pero prometo la enmienda.
COND. Dios prohibe la venganza.
BARRAQ. Eso usía no lo crea;

Dios no puede prohibir
que se dé caza á las fieras.
¡Qué intención la del primito
tan torcida y tan perversa!
¿Sabe usía lo que hace?
¿sabe usía en lo que piensa?
Ver á los testamentarios,
reunir los albaceas,
dar un escándalo gordo,
meter al fuego más leña,
y con trápalas y enredos
echar el guante á la herencia.

COND. ¿Pero ese hombre en qué se funda?

BARRAQ. En la condición aquella
del cariño y la concordia!
¡el tal primo es una pieza!...
¡Verá usía cómo viene
con esa intención siniestra,
¡pero le aguardo!

COND. ¡Cuidado
que pienses en eso!

BARRAQ. ¡Ea!
no vuelvo á pensarlo más...
(Ap.) (Pero hacerlo en cuanto pueda.)

COND. Hay que perdonar á todos;
todos tenemos flaquezas.
Ramón es avaro, pero
mis hijos...

BARRAQ. ¡Qué diferencia!
¡y usía quiere igualarlos?
la avaria es pasión fea;
están llenos los infiernos
de los almas avarientas;
el amor es pasión noble
que siempre al cielo nos lleva
por lo mucho que se goza
ó lo mucho que se pena.

COND. Dios las penas me ha guardado.

BARRAQ. (Ap.) (Es preciso distraerla.)
(Alto.) ¡El amor! ¡si es una cosa
que trastorna la cabeza
de un modo! ¡si es más tirano!

¡Pues si tuve yo una Tecla,
que me dejó por un novio
pertiguero de una iglesia!
Por ella quise matar
á su padre y á su abuela,
y á su hermano y á su primo
y á su tío, y á una perra
que cuando entraba en su casa
se me agarraba á las piernas.
¡Al fin me dejó más seco
que el bordón de una vihuela;
yo tenía veinte años;
¡quién entónces me dijera
que á sesenta llegaría
con tanta naturaleza!

COND. ¿Pero y mis hijos, no vienen?

BARRAQ. Yo los avisé! ¡Ya llegan! (Vase.)

ESCENA II.

LA CONDESA, PEDRO y JÁIME.

Sale Pedro sombrío y con los brazos cruzados; por el lado opuesto Jáime, en la misma actitud; avanzan lentamente mientras la Condesa dice los cuatro primeros versos.

COND. ¡Aquí vienen; ellos son!
¡terrible! ¡cruel momento!
hablaré á su sentimiento:
¿más lograré mi intención?

PEDRO. Señora...

JAIME. Señora...

COND. (Con amargura.) ¡Ah, sí!
cuando el pesar me devora,
¿madre para qué? ¡Señora!
¿qué vale la madre aquí?

PEDRO. Por sus respetos, el niño
la dió ese nombre, y el hombre
también.

COND. Sí, me da ese nombre
el respeto, no el cariño.

JAIME. ¡Oh, no!

PEDRO. No.
COND. Pues si es verdad,
probarlo podeis ahora;
un mismo amor os devora,
ese amor sacrificad.
Dominad vuestra altivez,
olvidad vuestros agravios;
hijos, os hablan mis lábios
quizás por la última vez.
PEDRO. ¿Qué dice?
JAIME. ¡No, madre mía!
COND. Ay, sí, que en el alma siento
el incesante tormento
precursor de la agonía.
Vaga á mi oído cercano
el hálito de una boca
que se aproxima y me toca
y me habla sin son humano..
¡Un miedo, miedo feroz!
me embarga todo el sentido
siempre que llega á mi oído
aquella incorpórea voz.
Ya lejos, ya cerca está,
ni timbre ni forma tiene;
eso es que la muerte viene,
es que la vida se va.
PEDRO y JAIME. (Arrojándose á sus piés.)
¡Perdón!
COND. ¿Cómo os le he de dar?
¡cómo os le he de dar, tiranos?
si vosotros sois hermanos
y no os quereis perdonar?
¡ay! ¡y yo he de ser testigo!...
¡siento aquí en el alma un peso!
PEDRO. (Sombrío.) Por eso, madre, por eso
Dios nos dará su castigo.
JAIME. (Sombrío.) Sí, Dios nos castigará.
COND. No, yo á su lado estaré
y tanto le rogaré,
que al fin os perdonará.
JAIME. ¡Ah, madre!
COND. Lloraré tanto,

tanto y tan amargamente,
que Dios bueno, Dios clemente
compadecerá mi llanto.
Piadoso con los que gimen
en su balanza el Señor,
pondrá á un lado mi dolor,
pondrá al otro vuestro crímen.
Ay, hijos, tengo esperanza
que en sus juicios superiores,
del lado de los dolores
inclinará la balanza.

JAIME. ¡Dios mío, me van á ahogar
las lágrimas! (Llorando amargamente.)
¡Ay de mí!

COND. ¡Jáime! ¡Jáime!

PEDRO. (Ahogándose y golpeándose el pecho.)
¡Aquí! ¡aquí!

COND. ¡Pedro!

PEDRO. ¡No puedo llorar!
¡Cuánto las lágrimas valen!
están en mi alma brotando,
me están quemando, quemando,
pero á los ojos no salen.

COND. (Ap.) (Esta es la ocasión mejor;
¡lloran! ¡lloran! ¡ya confío!)
(Á Pedro.) Cede tú. (Pedro baja la cabeza.)
(Á Jáime.) ¡Cede, hijo mío!
(Jáime baja la cabeza.)
¡Ten piedad de mí, Señor!
(La Condesa se oculta el rostro entre las manos, aparece al fondo derecha D. Ramón; los contempla con fruición y regocijo y suelta una carcajada.)

ESCENA III.

LOS MISMOS y D. RAMÓN.

RAMON. ¡Já, já, já!

COND. (Irguiéndose con altivez.)
¿Qué es esto?

RAMON. (Sonriéndose.) ¡Nada!

PEDRO. ¡Ramón!
JAIME. (Con ira.) ¡Ramón! mal reprimo...
RAMON. Nó hay que incomodarse; el primo
don Ramón de Parellada.
PEDRO. ¡Ah! (Fuera de sí.)
RAMON. ¡Modera tu furor!
PEDRO. ¿Tú sin respeto al hogar
vienes su llanto á insultar
y á escarnecer su dolor?
RAMON. Chicos, chicos, no estais sanos
del cerebro.
PEDRO. Es que...
RAMON. (Con ironía.) ¿Qué tal
marcha la razón social
de los Parellada hermanos?
PEDRO. (Adelantándose.) Yo te lo diré, Ramón.
JAIME. Y yo.
RAMON. Si para eso vengo.
PEDRO. Es que en decírtelo tengo
una gran satisfacción.
RAMON. Antes oid. Mi buen tío
por un capricho especial,
os ha dejado un caudal
que en razón debió ser mío.
Á su extraña decisión
dí el debido acatamiento,
pero en aquél testamento
había una condición. (Con intención.)
Ya sabeis á lo que aludo;
es una triste verdad;
más tal fué su voluntad
y en su voluntad me escudo. (Con gravedad.)
En sentimiento, en ideas,
en todo seguis contrarios;
conque los testamentarios
vendrán y los albaceas,
y evitaremos andar
en pleitos, porque confío
que lo que es mío y muy mío,
no me lo querreis quitar.
PEDRO. Todo eso que estás hablando,
Ramón, es impertinente,

y más estando presente
nuestra madre.

RAMON. ¡Está llorando!
es cierto á fé de Ramón.
¡Cuánta desgracia se junta!

PEDRO. ¿Nos has hecho una pregunta,
no quieres contestación?
¿Recuerdas cuál es?

RAMON. Sí tal.

PEDRO. Yo al olvido no la he dado.

RAMON. Pues bien, ¿cuál es el estado
de aquella razón social?

PEDRO. ¡En las razones sociales
hay diversos fondos!

RAMON. ¡Pues!

PEDRO. Con diferente interés
según son los capitales.
En ésta, primo y señor,
hay dos.

RAMON. ¿Dos?

PEDRO. Así lo infiero:
el capital del dinero,
y el capital del honor.
El del dinero quizás
más papel hace en el mundo;
mas yo prefiero el segundo.

RAMON. ¿El del honor?

PEDRO. ¡Mucho más!
Pero hay un hombre traidor,
avaro, infame y rastrero,
que por lograr el dinero
quiere manchar el honor.
Se le ve culebrear
cual serpiente venenosa,
de su lengua ponzoñosa
la inmunda baba arrojar.
Pero Parellada hermanos
despedazan frente á frente
con los piés á la serpiente,
y al infame con las manos.
(Levanta la mano sobre Ramón.)

RAMON. ¡Qué afrenta! ¡por Belcebú!

muy cara te va á salir.

COND. ¡Oh cielos!

RAMON. ¡Vas á morir!

(Lleva la mano al bolsillo, pero Jáime se lanza sobre él, se las coge, se las retuerce y le obliga á caer de rodillas.)

JAIME. ¡Infame! ¡á mi hermano tú!

RAMON. ¡Suelta! (Haciendo esfuerzos.)

JAIME. ¡Propósitos vanos!
de rodillas.

RAMON. ¡Ah!

JAIME. ¿Qué tal?
¿va bien la razón social
de los Parellada hermanos?

COND. ¡Salga usted!

RAMON. (Ap) (¡Todo se pierde!)

COND. ¡Al punto!

RAMON. (Ap.) (¡Lo pierdo todo,
pero el reptil desde el lodo
alza la cabeza y muerde!) (Vase.)

ESCENA IV.

PEDRO, la CONDESA y JÁIME.

COND. (Con arrebato abrazándolos.)
¡Hijos! ¡hijos! ¡abrazadme!
ya el amor fraterno brota
en vosotros, sí, ya os ciñe
el cariño su aureöla;
ya no hay mortales dolores,
ya no hay inquietas zozobras.
Seguid ese noble impulso
de la sangre generosa;
sois floridas verdes ramas,
cuyas perfumadas hojas
dan sombra y frescura al tronco
que lenta fiebre devora.
¡Oh, ya sé que esa violenta
pasión que el pecho os destroza
llevaros podrá al martirio,
al crímen jamás!

PEDRO y JAIME. ¡Señora!
COND. ¡Al crímen! ¡hijos, si vierais!
presa de mortal congoja
me acometieron de súbito
visiones aterradoras.
Inerte quedó el sentido,
pero por la mente absorta,
pálida, sangrienta, muda,
ví de Abel cruzar la sombra.
PEDRO. (Tembloroso.) ¿Y la de Caín?
COND. No.
PEDRO. Madre.
COND. ¡La de Abel, la de Abel sola!
PEDRO. (Pasándose la mano por la frente.)
¡Oh, Dios!
COND. El último esfuerzo
intentad: valor os sobra;
ya el gérmen de las virtudes
en vuestros pechos retoña.
Luchar con un imposible
es resolución heróica,
vencerle, ¡ay, hijos! un paso,
y segura es la victoria.
Yo tan sólo puedo amaros
y bendeciros, y en mi honda
desgracia de la agonía
apurar la amarga copa.
Yo ansío alcanzar el cielo
con que el Señor galardona
al justo, para vosotros,
no quiero en él estar sola,
que la gloria sin sus hijos
para una madre no es gloria. (Vase.)

ESCENA V.

PEDRO y JÁIME.

PEDRO. (Ap.) (¡Siento una lucha interior!
¿qué haré? ¡yo me desespero!)
(Levantando la cabeza.)
¡Habla!

JAIME. ¡Habla tú primero,
que eres mi hermano mayor!
PEDRO. Dame tú el ejemplo; dí
una palabra y quizás...
JAIME. ¿Por qué tú no me le das?
PEDRO. Porque no debo.
JAIME. ¿Y yo sí?
¿Piensas en las gerarquías?
esas son vanas quimeras;
no soy débil.
PEDRO. Si lo fueras
nunca lo demostrarías.
JAIME. (Con satisfacción.)
¿Tienes de mí esa opinión?
PEDRO. La mereces.
JAIME. La merezco. (Pausa.)
Pedro, ¡cuánto te agradezco
el castigo de Ramón!
PEDRO. Ante mi madre la ofensa
se trocaba en villanía;
y tú, ¡con qué bizarría
has salido á mi defensa!
JAIME. Iba á asestar el villano
contra tu pecho un puñal.
PEDRO. Sí, pero tú...
JAIME. Es natural.
PEDRO. ¡Jáime!
JAIME. ¿Pues no soy tu hermano?
PEDRO. Mi hermano, sí. (Con cariño.)
JAIME. Un mismo seno
nos ha llevado á los dos.
PEDRO. Amarnos nos manda Dios.
¡Tú eres sensible!
JAIME. ¡Y tú bueno!
PEDRO. ¿Por qué en nuestra alma han brotado
el encono y el desvío?
JAIME. No sé.
PEDRO. Ni yo.
JAIME. (Tendiéndole la mano.) Hermano mío,
nos hemos equivocado.
PEDRO. (Tomándosela.) Jáime, al cariño se inclina
mi corazón.

JAIME. Y mi pecho.
PEDRO. ¿Qué hemos hecho?
JAIME. ¿Qué hemos hecho?
¡Ah! (Pausa.)
(Se miran y separan las manos lentamente.)
PEDRO. ¡Jáime!
JAIME. ¡Pedro!
PEDRO. (Trémulo.) ¡Marina!
(Pausa. Pedro se pasa la mano por la frente.)
Debemos reflexionar
tranquilos lo que convenga.
JAIME. Quien menos derecho tenga
ese debe renunciar.
PEDRO. Pues bien, mi derecho invoco.
JAIME. Y yo también.
PEDRO. Es preciso
terminar; tengo el permiso
de su padre.
JAIME. Eso es muy poco.
PEDRO. Es la ley.
JAIME. No es la razón,
y yo á la razón me avengo.
Si tú el permiso, yo tengo
de Marina el corazón.
PEDRO. ¡Jáime!
JAIME. Decide en conciencia.
PEDRO. Una palabra me abona.
JAIME. ¿Y si voy yo á Barcelona
y retira la licencia?
PEDRO. ¿Qué dices?
JAIME. ¿No puedo yo,
pues su corazón es mío,
hacer que revoque el tío
su permiso?
PEDRO. (Exasperado.) No.
JAIME. ¿No?
PEDRO. (Con firmeza.) No.
JAIME. ¿Por qué?
PEDRO. Me lo dió su padre;
él su palabra ha empeñado;
es militar y es honrado.
JAIME. ¡Pobre madre! ¡pobre madre!

de pena va á sucumbir!

PEDRO. ¡Mi madre! (Con sentimiento.)

JAIME. (Con exaltación.) ¡Qué almas tenemos
de tigre, que no sabemos
por nuestra madre morir!

PEDRO. ¡Oh, sí, sí!

JAIME. ¡Lo manda Dios!

PEDRO. ¡Nuestra madre, su agonía!...

JAIME. ¡Pedro! ni tuya ni mía,
de ninguno de los dos.

PEDRO. No, Jáime, no puede ser.

JAIME. ¿Ni eso aceptas?

PEDRO. No lo esperes.
¿Piensas que á mi madre quieres
más que yo? (Delirante.)

JAIME. ¿Qué vas á hacer?

PEDRO. Hay otro medio.

JAIME. ¿Qué?

PEDRO. ¡Hay uno!

JAIME. ¿Cuál?

PEDRO. Nuestra madre desea
que uno al menos feliz sea,
y no lo es así ninguno.
(Con calma, pero con esfuerzo.)
¡Tuya es!

JAIME. ¡Ah!

PEDRO. (Balbuceando.) ¡Debe ser!
Ve á Barcelona; su mano
cedo, vete.

JAIME. ¡Hermano! (Abrazándole.)

PEDRO. (Abrazándole.) ¡Hermano!

JAIME. Ya sé lo que debo hacer. (Vase.)

ESCENA VI.

PEDRO.

¡Sí, sí! ¡la suerte está echada!
Ella le ama y el derecho
es suyo, estoy satisfecho.
¡Mi acción es noble y honrada!
¡Ay madre! con qué emoción

verás que tu hijo, el primero,
el *hereu*, el heredero!
¡el *hereu!* ¡oh, qué irrisión!
¡Bienes, honores, fortuna;
consideración, poder!
¡qué irrisión! ¿por qué al nacer
no me ahogaron en la cuna?
¡Pedro, delirando estás?
Generoso más que él soy,
más noble; yo se la doy,
y él á mí no, ¡mucho más!
Pero... tal vez me deslumbra
un falso honor... ¡Dios eterno!
¡yo me lanzo en el infierno
y él á los cielos se encumbra!
Y yo mismo fuí, yo mismo...
De mi nobleza quizás
se burle... ¡Oh! (Transición.) ¡Atrás! ¡atrás!
¡dudas del torpe egoismo!
El obrar con rectitud
es de un alma superior;
el valor siempre es valor,
la virtud siempre es virtud.
¡Yo el primero, de ese modo
la ley cumplo de mi fuero!
¡yo el primero! ¡yo el primero!
¡en cuna, en grandeza, en todo!
¡Infeliz del que flaquea,
porque es tirano el deber!
¡Mas que no la vuelva á ver,
Dios mío, que no la vea!
¡Yo no podré á su beldad
resistir! ¡Es fuerza! ¡Vamos,
valor! (Con esfuerzo.) ¡Huyamos, huyamos!
(Aparece Marina á la derecha.)
¡Marina! ¡Fatalidad!

ESCENA VII.

PEDRO y MARINA.

MARINA. ¡Pedro!

PEDRO. ¡Marina!
MARINA. ¿Qué tienes?
por qué en tus manos sostienes
la frente y el rostro escondes?
¿no respondes? no respondes?
PEDRO. ¡Por qué vienes! por qué vienes!
¡Vete, apiádate de mí!
MARINA. ¿Por qué miras así?
PEDRO. ¡Ay, Marina, yo me muero!
MARINA. ¿Piensas que yo no te quiero?
PEDRO. ¿Como á Jáime?
MARINA. ¡Ah, Pedro!
PEDRO. Dí.
MARINA. ¿No te puedo yo querer
de otra manera mejor?
PEDRO. ¡Marina, no puede ser!
MARINA. ¿Y por qué?
PEDRO. Porque en amor
hay que amar ó aborrecer!
MARINA. ¿Que te aborrezco quizás
imaginas?
PEDRO. ¡Qué suplicio!
vete!
MARINA. ¡Pedro!
PEDRO. ¡No te vas?
Si no cumplo el sacrificio
de ello la culpa tendrás!
MARINA. ¡Sacrificio!
PEDRO. ¡Qué porfía!
la veo y no estoy en mí!
¡y yo que le prometía!
(Con arrebato.) Marina, Marina mía,
ciego estuve! loco fuí!
MARINA. ¡Ah, me espantas!
PEDRO. Si supieras
con qué ardor mi pecho late!
¡si en mi corazón leyeras!
¡si dentro de mi alma vieras
este horroroso combate!
Las inmensas alegrías
cuando una esperanza alcanza,
las hondas penas sombrías,

las tristes melancolías
cuando muere esa esperanza.
Piadosa conmigo fueras
y mi pasión comprendieras,
y mi amor viera logrado,
á no haberte el cielo dado
las entrañas de las fieras!

MARINA. Calla por Dios.

PEDRO. Si mi acento
á este arrebato violento
despierta en tu corazón
un lejano sentimiento
de cariñosa emoción.
Para que mi pena huya,
dame una mirada tuya
que yo en mí tus ojos vea;
dámela, aunque el rayo sea
¡que me abrase y me destruya!

MARINA. (Con gran cariño.)
¡Pedro! sabe Dios que siento
no poder dar lenitivo
á tu dolor y tormento;
yo guardo en mi pecho vivo
ese mismo sentimiento.
En mí alienta como en tí
esa vehemente pasión,
ese amor que es frenesí:
¿cómo he de matarle, dí,
si es matar mi corazón?
Comprendo tus agonías,
veo tus horas sombrías
de duelo y quebranto llenas:
así serían mis penas,
asi mis melancolías!
Mas reflexiona tú mismo
si debo por tu dolor
arrojarme en el abismo;
tal vez sólo en el amor
es virtud el egoismo.
Si una esperanza te diera
por calmar tu pena fiera,
tu angustia devoradora,

pérfida mintiendo fuera
y no mintiendo traidora!

PEDRO. ¡Ah! bien sabe la pasión
fatal que en mi pecho lidia,
que nunca en tú corazón
tuvo abrigo la perfidia,
ni morada la trición.

MARINA. Pues deja á nuestro albedrío...

PEDRO. ¡Vete!

MARINA. ¡Pedro! ¡en tí confío!

PEDRO. ¿Pero no te quieres ir?

MARINA. ¡Adios! (Vase.)

PEDRO. (Dejándose caer sobre la mesa.)
¡Dios mío! ¡Dios mío!
¡me estoy sintiendo morir!

ESCENA VIII.

PEDRO y BARRAQUETA.

BARRAQ. ¡Señor! ¡Señor! (Por el jardín.)

PEDRO. ¿Qué sucede?

BARRAQ. Que va á desplomarse el mundo,
señor, si yo lo decía,
siempre que me dá un anuncio
el corazón. ¿Qué ha hecho Jáime
á ese hombre? ¿al primo?

PEDRO. Un insulto.

BARRAQ. ¿De muerte?

PEDRO. (Levantando la cabeza.) De muerte.

BARRAQ. Es claro.
Escúcheme usted.

PEDRO. Te escucho.

BARRAQ. Abría yo las ventanas
del telar, cuando descubro
á un hombre envuelto en las sombras
que estaba pegado al muro
del jardín: tenía el rostro
lo mismo que el de un difunto,
y la mirada siniestra,
y el traje mal trecho y sucio,
y se mordía las uñas

todo trémulo y convulso.
De pronto sus ojos torvos
brillaron como carbunclos,
y mirando á esas ventanas
y apretando entrambos puños,
hizo así como diciendo:
«me he de vengar; ¡yo le juro!...»
y echó á correr, y yo, es claro,
detrás á buscarle el bulto.
El primo,—que este es el héroe,—
echando por unos surcos
se internó en unos breñales
¡que aun al recordarlo sudo!
Y ambos corriendo y saltando
zanjas, brezos y pedruscos,
llegamos al pie de un risco
junto á un abismo profundo,
donde entre rocas peladas
vive el Noy Pujalt el Zurdo.

PEDRO. ¡El Zurdo!

BARRAQ. Sí, ese bandido,
ese bribón, que hace mucho
tiempo debía encontrarse
en las manos del verdugo.
Esta tarde cuando salga
á las siete y media en punto
Jáime, si Dios no le salva,
muere á las manos del Zurdo.
¡Ya ve usted! morir mi Jáime!
nuestro Jáime! en quien Dios puso
todas las glorias del cielo,
todas las dichas del mundo!
Jóven, guapo, apuesto, rico,
hidalgo más que otro alguno;
¿quién puede verle y no amarle?

PEDRO. ¡Es cierto!

BARRAQ. ¡Si es nuestro orgullo!
¿Quién sería aquí dichoso
si no existiera?

PEDRO. ¡Oh!

BARRAQ. ¡Ninguno!

PEDRO. Dices bien.

(Desde este momento Pedro empieza á luchar consigo mismo: el actor ha de hacer y decir con la acción más que con la palabra, hablar mucho en esta situación es inconveniente y además de inconveniente expuesto.)

BARRAQ. En fin, ¿qué hacemos?
no quiero que en este asunto
meta el cuezo la justicia;
porque luego ¡la del humo! (Pausa.)

PEDRO. Déjalo todo á mi cargo.

BARRAQ. ¿Qué?

PEDRO. (Balbuciente.) Yo sé un medio oportuno.

BARRAQ. ¿Cómo?

PEDRO. Y que nadie se entere;
¿á qué darles un disgusto?
Vete. (Se sienta.) Espera.

BARRAQ. ¿Qué?

PEDRO. No, nada.

BARRAQ. (Ap.) (¡Se ha quedado taciturno!)

PEDRO. (Como queriendo desechar una pesadilla, dando un puñetazo sobre la mesa y hablando consigo mismo.)
¡Oh, miserable!

BARRAQ. ¿Señor?

PEDRO. (Con espanto levantándose y apoyándose en la mesa.)
¿Qué?... ¿qué es esto?... Vete al punto.
(Barraqueta se retira poco á poco poseido de asombro. Pedro vuelve á caer en la silla y se cubre el rostro con las manos. Óyese la voz de Jáime.)

ESCENA IX.

PEDRO y JÁIME.

JAIME. Ensilla el caballo. (Dentro.)

PEDRO. (Levantándose.) ¡Oh!

JAIME. (Ap.) (¡Aquí no puedo estar más!)
(Atraviesa la escena.)

PEDRO. Jáime.

JAIME. Pedro.

PEDRO. ¿Dónde vas?

JAIME. ¿Qué, no lo presumes?

PEDRO. No;

tu marcha es tan repentina...

JAIME. Voy á abrazar á mi madre.

PEDRO. (Ap.) (¡Y después á ver el padre
de Marina! ¡de Marina!)

JAIME. (Ap.) (¡No nos veremos los dos
ya más, Marina, ay de mí!)

PEDRO. ¿Conque te vas? (Con intención.)

JAIME. Sí.

PEDRO. Creí...

JAIME. ¿Qué?

PEDRO. ¿Vuelves?

JAIME. Sí. (Abrazándole con efusión.)
Adios.

PEDRO. (Sombrío.) Adios.

(Jáime, que ha salido del foro derecha, se entra por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

PEDRO, después BARRAQUETA.

Pedro con la mirada extraviada y el rostro descompuesto, da dos ó tres pasos por la eccena; después se lleva la mano á la frente y al pecho, como si tratara de coordinar sus sentimientos y sus ideas, por último se deja caer en un sillón, y se desata violentamente la corbata. Barraqueta le observa al fondo. Todo según el diálogo.

PEDRO. ¡Yo no soy... es el azar!
¡Yo íba á partir cuando ella
se apareció! ¡si es su estrella!..
¡me ahogo!... ¡Se va á casar!
¡y ellos! ¡los dos! ¡ella y él!
¡qué lucha! ¡no la resisto! (Sombrío).
¿Por qué mi madre habrá visto
cruzar la sombra de Abel?
(Silencio prolongado.)

BARRAQ. (Acercándose con voz temblorosa.)
¡Señor! eso no es posible.

PEDRO. ¡Qué, qué!

BARRAQ. Decirlo no puedo;
porque yo... yo tengo miedo,
¡miedo, y una pena horrible!

Señor; señor, yo venia...
yo le quiero á usted de un modo
que usted para mí lo es todo,
mi tristeza, mi alegría,
mis placeres, mis pesares;
¡cómo que usted ha nacido
en mis brazos y ha crecido
al compás de mis cantares!
Señor, yo sé que ese pecho
es grande, es fuerte y es noble:
pero qué ha de hacer un roble
contra un huracán deshecho!

PEDRO. ¿El qué?

BARRAQ. (Reprimiéndose.) Lleno de interés
anda á vueltas con su juicio,
sondeando el precipicio
que Jáime tiene á sus piés.

PEDRO. (Ap.) (¡Gran Dios!)

BARRAQ. ¡Quién mira con calma
que haya en el mundo una mano,
que dé la muerte á un hermano,
que es un pedazo del alma;
á un ser cariñoso y bueno
que ha recibido la vida
de una madre bendecida
y el calor de un mismo seno!
Mejor comprende que yo
lo que... ¡Sentir sé sentir,
mas decir... ¡lo que es decir,
tanto como siento no!
Mañana se moriría
esa madre noble y buena;
pero antes, con cuanta pena
por todas partes iría
buscando á su Jáime en vano
diciéndole á usted á gritos:
¡Pedro! ¡Malditos! ¡Malditos!
los que han matado á tu hermano!

PEDRO. ¡Oh! (Levantándose.)

BARRAQ. Tan terribles lamentos,
¿quién los podrá resistir?
Pero usted la va á decir

antes de pocos momentos,
con el pecho palpitante
de placer y de alegría:
no tiemble usted, todavía
tiene usted á su hijo amante;
mi hermano no ha sucumbido
porque aun alienta mi pecho;
la muerte estaba en acecho,
pero mi amor la ha vencido.
¡Yo mismo, yo le he salvado! (1).

PEDRO. (Arrebatado.) Yo mismo le salvaré,
¡yo! ¡yo!

BARRAQ. ¡Quién duda que usté
tiene un corazón honrado!

PEDRO. ¡Honrado! ¡qué desvarío!
¡No, no, villano y culpable!
¡miserable! ¡miserable!
¡Jáime! ¡Jáime! ¡hermano mío!
¡Y pude en mi frenesí
dudar un punto! ¡qué horror!
(Arrojándose en los brazos de Barraqueta.)
¡Oh, Barraqueta!

BARRAQ. ¡Señor,
señor, llore usted aquí!
(Quedan abrazados. Oyese la voz de Jáime en el jardín.)

JAIME. ¡Adios, madre!

PEDRO. ¿No has oído?
es la voz de Jáime.

BARRAQ. (Señalando al jardín.) ¡Allí!

PEDRO. Que se despide...

BARRAQ. Sí, sí...
¿pero por dónde ha salido?

PEDRO. Yo no le he visto.

BARRAQ. ¡Ni yo!
¡Ah!

---

(1) Durante la relación de Barraqueta, el actor encargado del personaje de Pedro, irá demostrando con la fisonomía y con la acción el efecto que le produce, hasta que desarrollado completamente el afecto fraternal, rompe arrebatado según indica el diálogo.

PEDRO. ¿Qué?
BARRAQ. La reja está abierta:
y salió por la otra puerta
del jardín, donde están...
PEDRO. ¡Oh!
¡corramos!
BARRAQ. ¡Voto al infierno!
(Vanse por el jardín.)

ESCENA XI.

LA CONDESA por la izquierda, y después MARINA por la derecha.

COND. (Viéndole salir.)
¡Pedro! ¡Pedro! ¿qué ha pasado?
¿Dónde va tan agitado?
¡Hijo mío! (Suena un tiro.) ¡Ah, Dios eterno!
Ese tiro... ¿qué será?
MARINA. ¿Qué es esto? (Saliendo.)
COND. ¡Bondad divina!
¿No has oído?
MARINA. Sí.
COND. (Abrazándola.) ¡Ay, Marina!
PEDRO. (Dentro.) ¡Madre! ¡madre!
COND. ¡Pedro! ¡ah!
(Pedro aparece abrazado á Jáime, volviendo la vista atrás y cubriéndole con su cuerpo.)

ESCENA XII.

LAS MISMAS, PEDRO, JÁIME y después BARRAQUETA.

COND. ¡Jáime! ¡herido!
PEDRO. (Jadeante.) ¡Herido no!
á tiempo llegué; el villano... (Abrazados.)
COND. ¿Quién?
BARRAQ. (Saliendo.) El primo.
JAIME. (Abrazándole.) ¡Pedro!
PEDRO. (Llorando.) Hermano,
¡ya lloro! ¡ya lloro!
COND. ¡Oh!
PEDRO. ¡Marina, ven, ven aquí!

COND. ¡Hijo!
PEDRO. Necesito veros,
estrecharos y teneros
cerca, muy cerca de mí!
¡Y aún me parece mentira!
COND. ¡Pedro!
PEDRO. ¡Mentira parece!
mi razón se desvanece.
(Volviendo á abrazar á Jáime.)
¡Ah! ¡Jáime! ¡Jáime!
COND. ¡Delira!
PEDRO. (Con dulzura.)
No, madre, madre adorada;
¡usted, tan noble y tan buena,
no conoce usted la pena
de una conciencia turbada!
COND. Pero el tiro que sonó...
(Pausa. Todos miran á Barraqueta.)
BARRAQ. Don Ramón lo ha recogido. (Sensación.)
Le ví y dije, lo ofrecido;
á este hombre le mato yo.
COND. ¡Oh!
BARRAQ. ¡Señora! la cuestión
estaba ya decidida.
JAIME. Es cierto.
BARRAQ. Vida por vida;
ó su Jáime ó don Ramón.
JAIME. (Á Pedro.) ¡Pedro! queda el precipicio
abierto.
PEDRO. ¡Abierto! ¡oh, no, ven!
JAIME. No olvides que yo también
soy capaz de un sacrificio.
PEDRO. Amantes, fraternos lazos,
formen una doble unión (Abrazándolo.)
de tu hermano el corazón
(Estrechándoles las manos)
y de Marina los brazos.
JAIME y MARINA. ¡Ah!
COND. ¿Y tú?
PEDRO. Yo de esta casa
salgo.
COND. ¡Cómo!

PEDRO. Tengo un plan:
nos ha dejado don Juan
dos fábricas en Tarrasa.
COND. Ya no es mi dicha completa.
PEDRO. Sí, madre. (Ap.) (Á su bien me inmolo)
(Alto.) Pronto vuelvo.
COND. ¿Te vas solo?
BARRAQ. (Enternecido.) No señor.
PEDRO. (Tendiéndole la mano.) Con Barraqueta .
COND. Y conmigo.
PEDRO. ¡Usted, señora!...
COND. ¡Tú solo ¡tú abandonado!
Siempre una madre está al lado
del hijo que sufre y llora.
PEDRO. ¡Ah, gracias!
BARRAQ. ¡*Mare de Deu*!
JAIME. (Dudoso.) ¡Marina!
PEDRO. Tú la mereces.
JAIME. Pero es que...
PEDRO. Si no obedeces
te lo mandará el *hereu*.
JAIME. ¡Ah!
PEDRO. De mi poder tirano
que cumplas la órden espero.
JAIME. ¡Pedro! ¡tú eres el primero!
PEDRO. ¡Ah! ¿qué estás diciendo, hermano!
COND. El primero.
PEDRO. ¡Ah, madre mía!
(Abrazados los tres.)
JAIME. ¡Oh! ¡sí! el primero en grandeza.
COND. ¡El primero en la nobleza!
JAIME. ¡Que gloriosa primacía!
PEDRO. ¡Y vosotros en mi amor!
COND. ¡Ya no hay odios!
PEDRO. ¡Ni aun desvíos!
COND. ¡Hijos mios! ¡hijos míos!
¡Bendito sea el Señor!

FIN DEL DRAMA.

Los autores de este drama faltarían á un deber de conciencia si no hicieran pública manifestación de agradecimiento á los actores que le han desempeñado. MATILDE DIEZ ha rayado en lo sublime; no hay ternura ni sentimiento mejor expresados. VICO ha demostrado á dónde alcanza su talento, y se ha elevado á una gran altura, sobre todo en las difíciles escenas del acto tercero. MARIANO, el primer actor *cómico* de España, ha reverdecido los laureles *dramáticos* que alcanzó en el *Perich de Naclara* de *Venganza Catalana*. CALVO ha estado digno, apasionado y tierno, y CEPILLO ha delineado su ingrato papel con suma habilidad y maestría. Los demás actores han completado el cuadro en sus insignificantes papeles.

Con ellos, pues, tienen la satisfacción de compartir los unánimes aplausos que han recibido en la noche del 2 de Marzo.

LOS AUTORES.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio de San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y Compañía*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle de San Martín, 2; de los *Sres. Escribano y Echevarría*, Plaza del Ángel, 12; y de *González é hijos*, Puerta del Sol, 9.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACIÓN.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, **PARIS**. PORTUGAL; *D. Juan M. Valle*; Praça de D. Pedro. **LISBOA** y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, **PORTO**. ITALIA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.